

## Especial Escritoras Parte I

# TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2  
Número 13  
Septiembre  
2021

### RESEÑAS:

**Saint Michel**  
(Gabriela Aguilera Valdivia)

Por Nana Rodríguez Romero

**A veces lejos del rumor del mar**  
(Verónica Silva Oliva)

Por Julia Guzmán Watine

**Pájaros debajo de la piel y cerveza**  
(Araceli Otamendi)

Por Gabriela Aguilera Valdivia

### EXTRAS:

Artículo: Entre enigmas y relatos negros  
Por Julia Guzmán Watine

Cuento Clásico: Los conejos blancos  
Por Leonora Carrington

Entrevista: Cecilia Aravena Zúñiga

### CUENTOS:

«Camera Oscura»

Andrea Calvo Cruz

«Matar carece  
de sentido»

Sonia González Valdenegro

«Un apacible barrio»

Cecilia Aravena Zúñiga

«El sendero de  
los Apalaches»

Francisca Rodríguez

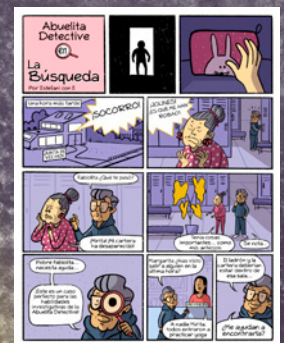
«Cinco son los puntos  
cardinales»

Gabriela Aguilera Valdivia

«El impoluto  
señor Martínez»

Verónica Silva Oliva

### CÓMIC:



«Abuelita Detective»

Estefani con E



03 / CUENTO

CAMERA OSCURA  
Andrea Calvo Cruz

06 / CUENTO

MATAR CARECE DE SENTIDO  
Sonia González Valdenegro10 / ENTREVISTA  
A CECILIA ARAVENA

12 / CUENTO

UN APACIBLE BARRIO  
Cecilia Aravena Zúñiga

15 / CUENTO

EL SENDERO DE LOS  
APALACHES

Francisca Rodríguez

18 / RESEÑA

CÁRCEL, PODER Y FRAGMENTACIÓN  
EN SAINT MICHEL

Nana Rodríguez Romero

20 / CUENTO

CINCO SON LOS  
PUNTOS CARDINALES  
Gabriela Aguilera Valdívía

23 / CÓMIC

LA ABUELITA DETECTIVE  
Estefani con E

26 / RESEÑA

UNA MICRONOVELA DE  
CONTRAPUNTOS

Julia Guzmán Watine

27 / CUENTO

EL IMPOLUTO SR. MARTÍNEZ

Verónica Silva Oliva

30 / RESEÑA

UN MICROMUNDO EN EL  
ESTILO DE DAVID LYNCH

Gabriela Aguilera Valdívía

32 / ARTÍCULO

ENTRE ENIGMAS Y RELATOS

Julia Guzmán Watine

35 / CUENTO CLÁSICO

LOS CONEJOS BLANCOS

Leonora Carrington

# EDITORIAL

## Escritoras y escrituras negras

¿A qué se le llama literatura femenina? ¿Es un tipo de literatura homogénea escrita por mujeres? ¿Hay un denominador común entre las mujeres que justifica este apelativo? ¿Determina el género un tipo de escritura?

Raquel Olea señala que es más apropiado referirse a la literatura escrita por mujeres, al ser el producto de distintas subjetividades que se expresan desde sus historias, memorias, obsesiones y estilos. En otras palabras, no se imponen temáticas, personajes o escrituras; cada cual con lo suyo y sus creaciones. Lo anterior, también admite lecturas heterogéneas, lecturas situadas y no tanto, las que obedecen a cada individuo, a cada ideología.

Y cambiando el foco, la novela negra, para algunos, es una prosa no tan artística como la *verdadera literatura*. Se suma a lo anterior, el hecho de que la novela negra construya *submemorias*, las que no existen a causa del olvido forzado o de las mentiras y montajes que habitan en nuestras inocentes mentes tal vez embrutecidas por la *memoria auténtica y verdadera*. De modo que la novela negra teje en la ficción los hilos del presente con los del pasado, teje con hilachas, fieltro y cenizas. Se sirve del crimen para desnudar la sociedad criminal, enceguedora e injusta.

Asimismo, las escrituras de mujeres, las escrituras negras, en nuestra sociedad tal como es, se convierten en letras subalternas y heterogéneas que articulan diferentes memorias y relatos, tapados en ocasiones con un dedo omnipotente y homogeneizante, que determina lo que es de interés o no.

Con lo que señalo y sugiero, las controversias, las polémicas no se acaban, porque tal vez falta estudio, y conciencia. Realizar un especial de escritoras no ha estado exento de discusiones. Hay argumentos a favor y en contra de esta iniciativa. Lo relevante es que, con reflexión, quizá con una sospecha a cuestas, y con el importantísimo apoyo de Gabriela Aguilera, aparecen los números 13 y 14 de **Trazas Negras** como especiales de escritoras.

**Trazas Negras** N° 13 se enfoca en la diversidad de crímenes, móviles y afrentas que batallan en las sociedades virulentas. El N° 14 y segundo del especial, se enfocará en venganzas premeditadas o casuales; en temidos desquites que, tal vez, solo tal vez, reparen y recreen memorias violentadas, como también recobren, de manera ficticia, algún equilibrio que rara vez ha existido.

En esta entrega de Trazas Negras vienen cuentos, reseñas y un clásico. Presentamos una entrevista a Cecilia Aravena y un estudio acerca de las escritoras P.D. James, Fred Vargas y Donna Leon. En el cómic de Estefani con E hace su primera aparición la «abuelita detective».

Buena suerte y lectura de estos nudos y tramas de escritoras y escrituras negras.

**Julia Guzmán Watine**  
Editora invitada

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

TRAZAS NEGRAS / NÚMERO 13 / SANTIAGO DE CHILE, SEPTIEMBRE DE 2021

DIRECTOR: Bartolomé Leal - EDICIÓN Y DIAGRAMACIÓN: Iván Martínez B. - APOYO: Carla Salazar L. / Bartolomé Leal

CONTACTO: revista@trazasnegras.cl PORTADA: Ilustración de Cöny Mendoza

Fotos interiores Banco de Imágenes Pexels.com / (Cottonbro / María Orlova / Ryutarō Tsukata / Adrián Frenescu / Peter Fazekas)

Diseñado en:

AFFINITY  
Publisher

Publicado por:

Lector Comunicaciones y Ediciones SPA

La mesa estaba dispuesta para el desayuno. Recordó que su abuela tuvo esa misma vajilla blanca, con el paisaje de la cabaña y el bosque, dibujados por miles de puntitos azules. «Menos mal que llevas tiempo muerta. Menos mal que no alcanzaste a ver lo que sucedió», pensó con amargura.

Camila Sánchez era fotógrafa forense. Llevaba cinco años trabajando en la Brigada de Homicidios de la PDI en Valparaíso. Acostumbrada a retratar víctimas de todo tipo —mujeres violadas, niños descuartizados, jóvenes asesinados por ajustes de cuentas— aún le resultaba perturbador llegar a una escena, no tanto por lo violento del crimen o el estado de conservación de los cuerpos; si había algo que no toleraba era la imagen, el olor y la consistencia de la sangre coagulada. Ya fuese en pleno pavimento, en las sábanas de algún motel o en un vestido infantil, cada vez que debía tomar esas fotografías lo hacía con los ojos cerrados, apretando de memoria el disparador de la cámara y enfocando la imagen por mero instinto.

El forense la citó en el sitio del suceso a las seis de la mañana. Llegó en diez minutos. No alcanzó a desayunar. Acusando fatiga, no se pudo negar al trozo de pan que uno de los detectives le regaló y que sustrajo de la panera que adornaba la merienda que nunca fue para esa familia. «Dale no más. No hay huevada que me enrabie más que la comida que se pierde en el mundo», le había dicho.

Tragó con algo de culpa y se dispuso a trabajar.

—Habitación principal. Hombre. Aproximadamente setenta y cinco kilos, tirado en el piso al lado derecho de la cama. Cuchillazo en el tórax. La hoja atravesó el pecho y por lo visto, reventó el corazón —recitó el forense a su pequeña grabadora, mientras le indicaba con el dedo a Camila qué ángulos debía tomar para hacer las fotos—. Baño. Mujer. No más de sesenta kilos, de espaldas. Pier-

nas abiertas, ropa interior en los tobillos. Probable violación, no se observan fluidos a primera vista. Quemaduras en la vulva, realizadas con una especie de pequeño soplete. Por el aspecto de las lesiones, fueron realizadas post mortem. Trauma craneal por elemento contundente, posiblemente un martillo o similar. Pérdida de masa encefálica producto del golpe... Tenemos a todo un romántico aquí, ¿no le parece, Sánchez?

Camila sacó las fotos de forma rápida, sin contestar. Sabía que lo peor estaba por llegar.

—Vamos a ver. Habitación de infante. Niño, cerca de tres años. Se observa gran cantidad de sangre en el cobertor y pijama. Foto, por favor. Se evidencia que el occiso fue violado analmente, sin rastros de fluidos a primera vista...

La cabeza del pequeño estaba debajo de una almohada. Cuando el forense la levantó e indicó a Camila que tomara la imagen, ella simplemente se desconectó. Pasó todo por su mente, otra vez. La mancha oscura y gelatinosa, de olor acre y metálico. Pedazos de carne esparcidos como challas en un cumpleaños. Los mechones de pelo dorado, aun sujetos por tiras de cuero cabelludo, pegados a la sábana y esa cara hermosa, que nunca más volvería a ver.

—Sánchez. Responda, Sánchez...—la voz del forense sonó distante. Con la garganta seca, casi agrietada, Camila tomó las fotografías con una celeridad impresionante. El *click* del obturador repicó como una metrallera. Los flashes se convirtieron en una luz estroboscópica que la jaló hacia el pasado y las imágenes en la pantalla de su cámara se plasmaron como un millón de evocaciones. Cada ángulo retratado, lo sintió como una cortadura hecha por papel, en la yema de los dedos.

—Okey, terminamos aquí. Traigan las bolsas, nos vamos con esta familia feliz a la mesa del Médico Legal...

Camila se quedó inmóvil, cerca del cuerpo del niño. Cuando llegaron los del laboratorio a tomar las muestras, se deslizó discretamente hacia una esquina de la habitación, observando el procedimiento en un silencio angustioso. Una vez levantado el pequeño cadáver, notó que en la cama había un juguete. Se acercó discretamente a revisar. Era un diminuto ratón de peluche.

«El señor Frankie... Frankie era tu protector. Un Beagle como *Snoopy*, de felpa blanca y negra... Manchado con chocolate y...», pensaba, sumergida en la nostalgia.

—Sánchez, necesito que me edite las fotografías a la velocidad de la luz para completar la carpeta —le dijo el forense saliendo con prisa, sin siquiera mirarla—. Hoy es el cumpleaños de mi hija y tengo que estar temprano en casa. No demore.

Camila quedó sola, frente a la cama ensangrentada del niño. En un rápido movimiento, tomó el pequeño peluche y lo guardó en uno de sus bolsillos, mientras las lágrimas caían a borbotones por sus mejillas.

Sentada en su cubículo, se apresuró en hacer el trabajo. Debía seleccionar las imágenes con mayor nivel de detalle. Esta parte de su tarea le resultaba más repulsiva que la anterior. Sintió náuseas. Para acallarlas, bebió un vaso de agua con bicarbonato de un solo trago. Sacó el pequeño ratón de peluche de su chaqueta y lo colocó cerca de la pantalla de su computador.

Revisó con meticulosidad cada pose inerte. Al correr de las fotos, trató inútilmente de resistirse a la tristeza. El recuerdo de su abuela llegó a ella como un fegonazo. Comían los cuatro, sentados a la mesa en el caserón de la calle Quinta. Sintió el aroma de los bollos recién horneados de la pastelería Schröder y escuchó las risas de Alfonso, su hermano menor. Aquellos grandes y expresivos ojos azules eran un par de mariposas mexicanas que revoloteaban al compás de sus pestaños y preguntas curiosas.

«Cami, ¿por qué las nubes son blancas?...»

«Cami, ¿por qué estás triste?...»

«Cami, ¿por qué mamá se fue al Cielo y nos dejó con la abuelita?...»

«Cami, ¿por qué Seba no me quiere?...»

Editar. Agrandar imagen. Zoom focalizado. Agregar capa de nitidez. Guardar. El traqueteo que emanaba de la impresora hacía un ruido infernal. Cual forja de metales en una usina, las fotos impresas salían calientes hacia la bandeja de la máquina. Primero las del padre, después las

de la madre. Una a una, la violencia quedó retratada en un primer plano abominable.

Cuando tocó el turno de procesar las fotos del niño, algo le obligó a concentrarse de sobremanera. Era una especie de zumbido profundo e intermitente, en la boca de su estómago. Se tomó un minuto. Cerró los ojos y respiró profundo. Con angustia, supo que tal síntoma respondía a una reverberación de la tierna voz de Alfonso; el espacio de silencio que intervenía cada tanto, la vacuidad que prosiguió a su muerte.

Una de las fotografías le resultó inquietante. Aplicó un zoom potente, el cual develó una marca detrás de la pequeña oreja. Un símbolo inequívoco. Un salto cuántico a la oscuridad, acompañado de una arcada galopante. Una cascada de bilis directo a su basurero. Se limpió la boca. Murmuró algo con furia. Una palabra, una especie de mantra, hasta que una gota de sangre corrió por su labio inferior. Miró el ratón de peluche y lo cogió con ímpetu. Con la imagen recién impresa, se encaminó a paso firme hacia el escritorio del detective que en la escena le regaló el trozo de pan.

—Sé que no corresponde, pero debo preguntar. ¿Sabes si encontraron algo en el cuerpo del niño de esta mañana?

—Ay, bonita, realmente te afectó. Si es así, mejor te ahorro los detalles... Esto se salió de madre. ¿Ya tienes lo tuyo?

—Había una paleta de dulce dentro de su ano, ¿verdad?

El detective la miró, incrédulo. Ella hizo una anotación al reverso de la foto y se la entregó.

—Solo pido que me des media hora de ventaja.

Frente al imponente portón de madera, Camila estacionó su auto y trató de calmarse. Inhaló y exhaló durante todo el trayecto, en un ritmo que solo consiguió aumentar su ira, como la ola de un tsunami que prometía arrasar con todo. Bajó del coche, cerró los ojos y se constriñó a revivir aquella época, como si la estuviese mirando a través del visor de su cámara.

Ella, en su vestido color malva. Al frente, su madre yacía moribunda en un catre clínico. La abuela sostenía al recién nacido en sus brazos y un adolescente lloraba, a su derecha.

«Alfonso, mi bebé; mi vida... Te amaré siempre, al igual que a ustedes, mi dulce Camila y mi niño Sebastián... Cuiden de él. Cuidense entre hermanitos».

Con la quijada apretada, Camila presionó el citófono. Recitó su nombre. Una vez dentro, la hermosura del parque deslumbraría a cualquiera, menos a ella. Buscó en su bolsillo el ratoncito de peluche. Una enfermera salió a su encuentro. Mientras se dirigían hacia la sala de visitas, le comentó que su buena conducta convenció a los médicos de permitirle salir un día a la semana.

—Sale al alba y regresa puntualmente a las siete, para la cena.

Al fondo del lugar, él la esperaba. Sin quitarle los ojos de encima, la invitó a sentarse al frente suyo. Una mesita blanca era lo único que los separaba.

—Mamá dijo que teníamos que cuidarnos y hace años que no vienes a verme —dijo, reprochándole mordazmente.

—Yo cuidé de mi hermano hasta que tú me lo arrebataste —respondió Camila, tratando de mantener la calma.

Él cruzó las manos sobre su pecho y en un gesto amenazante, se inclinó hacia ella.

—Todo fue su culpa —susurró.

Camila no cedió ni un centímetro.

—Si crees que la plata de la familia te va a salvar esta vez, estás equivocado. No hay más apariencias que guardar —replicó con voz firme.

La miró con desdén. Llevó los brazos sobre su cabeza y tarareó una canción. Ella no se dejó intimidar. Sebastián se levantó de su silla, puso los puños sobre la mesa y se acercó tanto que su aliento le humedeció la nariz.

—El próximo mes podría ir a visitarte...

De su bolsillo, Camila sacó el pequeño ratón de peluche y se lo enrostró. Sebastián le dio una ojeada rápida y se sentó nuevamente, dando una risotada siniestra.

—La primera vez que lo vi, pensé que era igual a nuestro Alfonsito... Hacía las mismas preguntas de mierda que tú le contestabas, feliz.

Camila dejó la silla y caminó lentamente. Rodeó la mesa hasta quedar detrás de su hermano mayor. Sin tocarlo, se agachó y le susurró al oído

—Al final del día, niño Sebastián, al único que dejan solo es a ti. Mamá prefirió darle su vida a Alfonso que quedarse contigo... Abuelita escogió un cáncer para no verte más y yo...

Sebastián intentó pararse, pero ella lo sujetó ferozmente de los hombros, dejándolo inmóvil

—...Yo me voy a asegurar de que tu vida sea una miseria.

Los efectivos de Investigaciones ingresaron a la sala, apuntando sus armas hacia él. Entre alaridos y amenazas lo tiraron al suelo y esposaron. Golpeó su cabeza contra el albo piso de cerámica, hasta sangrar. Camila no le apartó su mirada hasta que se lo llevaron.

El detective del trozo de pan se acercó cuidadosamente a ella. Le preguntó cómo supo quién era el asesino. En completo silencio, sacó de su billetera una instantánea ajada y descolorida. Sobre la carne desnuda, detrás de la pequeña oreja, resaltaba una herida en forma de s.

Fue la primera fotografía que tomó en su vida.

TN

## Andrea Calvo Cruz

---

Escritora, participa en los talleres literarios ERGO SUM, dirigidos por Pía Barros y Gabriela Aguilera. Integrante del Colectivo Señoritas Imposibles y de REM (Red de Escritoras de Microficción). Ha publicado [*Medular*] (2019, Ediciones Sherezade) y participado en diversas antologías y libros objeto. Ganadora de la Beca de Creación 2020 del MINCAP, con el libro de cuentos *Yesca – Cuentos Combustibles*.



Le pidió que no la matara. Con un hilo de voz le rogó. Más parecía una declaración hecha para pura constancia, sin esperanza ninguna en el resultado.

—No me mates.

Él escuchó perfectamente el ruego. Comprendió cada una de las palabras. Y respondió con una suerte de sonrisa. Una comisura de los labios bien cerrados hacia arriba.

Lo había tuteado desde el principio. Aun así, cuando el tuteo deslizó la súplica, él lo sintió igual al de su madre diciéndole no vayas, duérmete y tantas otras prevenciones en las que él reconocía las desconfianzas de su madre y ahora la de la mujer.

Y no había habido violencia al abordarla, pero sí, tenía consciencia de la frialdad de sus ojos cuando a sus ruegos respondía, como a ella, sí, mamá.

—No me mates.

Sin convicción. Así rogaba su madre. Su voz se deslizaba en el momento en que él perseguía al gato con la cuerda para echarla alrededor del cogote y apretar. El gato había aprendido a leerle las intenciones, y nada más verlo aparecer se escabullía por las escaleras con un trote pesado de felino maduro para alcanzar el segundo piso de la casa, la habitación de la madre y desde ahí, del marco de la ventana siempre abierto saltaba hacia afuera, al árbol junto a la casa, desde donde lo miraba.

—Deja a ese gato, niño.

Ni siquiera: deja a Canelo. Simplemente, deja a ese gato. Éntrate, decía. O: no vayas, Marcelo. No vayas con esos muchachos. No son buenas personas. Por favor, Marcelo.

Le ofreció el automóvil.

—Llévatelo. Es tuyo. Pero no me mates.

Y él entendió que se refería al automóvil conducido por ella hasta entonces según las instrucciones de él: por

aquí, métase a la Costanera. No. No se meta a la Costanera. De la vuelta. Entre en esa calle y maneje derecho. Yo le diré cuando pare.

—Llévatelo, pero déjame ir.

—Es lo que estoy haciendo— le respondió prolongando la frialdad exhibida a continuación de las primeras sonrisas, cuando dijo, apuntándola con una pistola, ahora va a conducir por donde yo le diga. —Por supuesto que me lo llevo. Pero usted viene conmigo.

Era muy joven, Probablemente no había cumplido aún los veinticinco y ella le doblaba la edad. Como su madre tal vez, pero a diferencia de su madre, esta era una mujer bien mantenida, una vieja que conducía un petrolero del año anterior y llevaba unas pulseras pesadas en la muñeca y un reloj muy fino en la otra; una tía cuyo perfume le dio un latigazo feroz de riqueza cuando, luego de saludarlo con un beso en la mejilla, le preguntó si quería probarlo.

Una vieja de esas. Tenía un cabello largo bien teñido y un cutis fino tras una capa casi imperceptible de base de maquillaje.

Y cómo vestía la vieja.

Él iba de sport, pero bien arreglado. Adquirió esa ropa días atrás y las guardó en el closet para ponérsela en alguna ocasión. Ni siquiera había planificado lo que estaba sucediendo. Compró la ropa, la guardó y ya. Tampoco llevaba más perfume que los restos del jabón sobre la piel y del desodorante aplicado en las axilas después de la ducha. Sabía la distancia entre una colonia barata y nada. Y tanto mejor la frescura de un cuerpo recién salido de la ducha.

—¿Dónde dejaste tu auto? —preguntó ella antes de sacar el petrolero del estacionamiento.

—Afuera— dijo él—, a unas cuadras de acá.

Una vieja de esas para quienes todo el mundo tiene un automóvil en el que andan por ahí, echando gasolina y estacionándose.

—Pudiste traerlo. Yo te conseguía un espacio.

—No importa. Tomará poco tiempo.

—Sí— precisó ella—. Cuento con cuarenta minutos. Luego debo reunirme con mi marido.

Era verdad. Había quedado en reunirse con Santiago cuando terminara de mostrar el vehículo. Pero ella lo dijo con el propósito de hacer notar al comprador, si este tenía alguna intención oculta, que no se encontraba sola. Alguien estaba esperando por ella.

Él, Marcelo, dijo ajá. Y se metieron en la fila de automóviles que subía por la avenida.

—¿Qué te parece?

No respondió. Tampoco sonrió ni fue amable. Se limitó a observar las manos enjoyadas de la mujer moviendo la palanca de cambios con la habilidad de quien había conducido aquel vehículo durante los veinte mil kilómetros recorridos que decía el aviso.

Sonó el teléfono. El aparato vibró primero, en el hueco junto a la palanca de cambios y él comprobó que llamaba Santiago y luego ella, mirando de reojo la pantalla se volvió hacia él para explicarle que era su marido, con quien debía juntarse después de mostrarle el vehículo. Su marido la esperaba en un café, a algunas cuerdas del edificio del que iban saliendo ahora, pero hablaría luego con él.

Manejó con prudencia. Le enseñaba su perfil mientras conducía, y él advirtió que tenía uno de vieja altanera, como el de la profesora de matemáticas que tuvo antes de dejar el colegio y la secretaria del arquitecto, dueño de la oficina donde estuvo haciendo algunos mandados cuando

terminó el colegio durante el tiempo que le tomó darse cuenta de que él no era para los mandados.

De esas viejas. Tenía experiencia en ellas. Y ésta carecía por completo de instrucción en el arte de tratar con bribones como él. Prueba de ello, qué tonta, el gesto de besarle la mejilla al encontrarlo en el ascensor como si lo conociera y la confianza al abrir para él la puerta del acompañante, un gesto, claro, del que debió arrepentirse cuando advirtió que el muchacho aquel no iba a comprarle el vehículo ofrecido en la página de tuauto.com, sino, probablemente, lo que pretendía, era robárselo. Y si no parecía un muchacho malo, de buenas a primeras y considerando, además, que iba solo, a menos que la estuviera conduciendo al lugar donde esperaban sus cómplices, lo mejor era ofrecérselo. El auto estaba asegurado y no iba a arriesgarse ella por aquellas latas.

—Por supuesto que me lo voy a llevar. Y a usted también.

Algo así dijo. Le dio a continuación las primeras instrucciones y el vehículo comenzó a alejarse del lugar donde la mujer debía reunirse con su marido, quien volvía a hacer sonar el teléfono. Un tipo insistente, no habituado a hacerse esperar y que llevaba tantos años casado con aquella mujer que tampoco a ella se lo iba a permitir.

Debieron andar más de una hora por ahí, entrando y saliendo de distintas calles, por barrios que la mujer no había visto nunca y por otros que sí, dando vueltas, simplemente, como si el hombre necesitara probarlo bien para decidirse a robarlo, para ver si le gustaba lo suficiente como para quedárselo.

Apagó el teléfono porque él se lo ordenó. Luego le entregó el aparato y Marcelo lo guardó en el bolsillo de una chaqueta de cuero barato en el que ella reparó al principio,



una comprobación que ahora lamentaba como si hubiese sido un aviso respecto de la persona bajo aquella chaqueta y las posibilidades de comprar el vehículo ofrecido por ella en la página de internet.

Después fueron a un hotel. El muchacho pidió pizza. La llevaron de afuera, en una caja, junto a unas latas de bebida. Ella no quiso comer y él se devoró la porción suya y la de ella; se tomó las dos latas de bebida y eructó despacio, como tragándose el gas.

Estaba sentada sobre la cama. Se había quitado los zapatos de tacón. Advirtió un punto corrido a la altura de la rodilla, una rotura de la media en la que los ojos de aquel muchacho repararon junto a los de ella.

Aunque no. Si bien su primer pensamiento, cuando entraron en la habitación del hotel directamente desde el estacionamiento, fue que se aprovecharía de ella y la obligaría a tener sexo con él, muy pronto aligeró su temor de esa sospecha.

La obligó a sentarse sobre la cama, se quitó la chaqueta de cuero barato y cogiendo el mando del televisor buscó un canal que pasaba peleas de boxeo, pero antes desfiló por escenas de acrobacia erótica, grandes pechos de mujeres de labios pintados y hombres que exhibían penes como las armas de un ejército avanzando contra el territorio enemigo.

En algún momento volvió la vista sobre su hombro y comprobó que ella observaba el punto corrido de la media.

Tal vez fue un error, pero y como el vehículo ya era en cierto modo, suyo, y no parecía querer aprovecharse de ella, se apuró entonces en hacer una nueva oferta, que el hombre escuchó sin dejar de mirar la pelea en la pantalla.

—Tengo dinero. Si me dejas ir, te daré dinero.

—¿Tiene dinero aquí? ¿En la cartera?

—No. En la cartera no. En la cartera tengo las tarjetas de crédito, Podemos ir. Vamos por los cajeros, sacamos el dinero y luego me dejas ir.

Fue solo. La dejó amarrada y amordazada en el baño mientras salió. Usó las sábanas y las toallas de la habitación. Apretó los nudos con energía, pero cuidando de no hacerle daño, preocupado de su dolor.

—Demoraré una hora en regresar.

Y cumplió. A su regreso, se dejó caer en la cama. Cerró los ojos. O pareció cerrarlos y se cubrió la cara con el antebrazo. Permaneció así durante un rato y luego se puso de pie, la desató y le habló con la severidad de quien ha sido engañado.

—Están bloqueadas —dijo—. Sus tarjetas. Todas sus tarjetas.

Como ella no se daba por vencida así nomás, sugirió llamar a Santiago. Extendió hacia él su brazo delgado sobre el que bailoteaban las pulseras moviendo los dedos para apurar los hechos.

—Dámelo. El teléfono. Llamamos a Santiago y él te dará dinero.

Ni negó ni aceptó lo que la mujer le pedía. Miró su reloj, apagó la tele y cogiendo la chaqueta le dijo que se iban.

Ya era de noche cuando dejaron el hotel. Las alarmas debían haberse disparado.

—Lo deben estar buscando —dijo ella—. El vehículo.

Después de aquella advertencia, un recurso de ella para que la dejara ir, Marcelo detuvo el vehículo cerca de un parque, junto a la Circunvalación. Se apoyó en el manubrio y pareció dudar. La mujer sintió piedad de él.

Tal vez, si le hablaba. Como haría con alguno de sus hijos. Si lo buscaba más allá de la amenaza de lo que iba a ocurrirle cuando lo encontraran. Pues lo iban a encontrar y todo entonces se complicaría mucho para él. Ah, sí le hablaba.

—Escucha —dijo.

—Cállese.

Debía tener una madre. Una mujer. Una novia. Y ella podía hacer que la viera cono a su madre.

—Escucha —insistió.

—Que se calle.

Esta vez se volvió hacia ella. El interior del automóvil estaba oscuro, pero ella vio el odio que encendía sus ojos. ¿Cómo eran sus ojos? Eran oscuros, pensó. Y comprobó la imagen intacta de él en su cabeza, como para describirlo después, cuando lograra liberarse y debiera enfrentar a la policía, explicarles cómo llegó a juntarse con él. El aviso en el sitio de ventas de internet; el mensaje en su teléfono. El apuro por reunirse para ver el automóvil porque tenía prisa, según dijo. La aparición de él a la entrada del ascensor en el edificio donde ella trabajaba. El descenso en el interior de la cabina y los pasos del muchacho junto a los suyos camino al vehículo.

Diría: aproximadamente de veinticinco años. Estatura regular, robusto, pero no grueso, un físico trabajado. Al cabello le habría venido bien un corte. Tenía de esos rulos que se hacen a los lados en las cabelleras crespas. Pelo oscuro, ojos negros. Cejas muy pobladas.

Conducía ahora con mucho cuidado, con la prudencia que ella habría esperado de quien prueba un vehículo ajeno para decidirse a comprarlo.

Como debieron ser las cosas desde un principio. Una vuelta. Dos vueltas. Una a cargo de él, para que probara la dirección y la amortiguación, cosas en las que Santiago se fijaba siempre a la hora de comprar un vehículo.

Llevaba zapatillas. Zapatillas claras y pantalón de vestir. Y una chaqueta de cuero sintético, del barato. Debe reconocer que reparó en eso, desde un principio, y le provocó un poco de desconfianza. Ella no tenía problema con la ropa barata, lo dejaría muy claro. Pero el automóvil que ofrecía era caro, tenía poco kilometraje, estaba bien cuidado. En síntesis, se necesitaba una buena cantidad de dinero para comprarlo y él no parecía, precisamente, una persona solvente.

Así debía ser. Pues lo otro debió ser una pesadilla, uno de esos malos, pero nítidos sueños en los que, antes de despertar el desenlace se aproxima bajo un paso de ferrocarril. ¿Qué hacían ellos cerca de la línea de un tren que ya no corría?

—Bájese.

¿Qué hacía ella bajando del automóvil en ese lugar?

—Escúchame —dijo, obedeciendo, con las manos en alto, aunque él no le había pedido levantarlas.

—Cállese.

Y ella obedecía. Le dijeron que bajara el automóvil y bajó. Que se callara y lo hizo.

¿Por qué obedecía ahora al desconocido cuando la obligaba a entrar en la parte de atrás del vehículo?

—No lo hagas.

Su voz tenía la determinación de saberlo todo perdido. Pero podía hablar. Aún le salía la voz.

—¿Para qué? —preguntó.

El muchacho no se encogió de hombros. No respondió. A pesar de la oscuridad, ella pudo ver sus ojos desde la maleta donde la obligó a ovillarse. Eran los ojos oscuros. Así los iba a describir. No, más oscuros, diría al dibujante. Muy duros. Unos ojos difíciles de derribar. De hecho, ella había fracasado en el intento de abatir aquella dureza.

La seguía mirando en el momento en que estalló el extraño resplandor. Una luminosidad o un ruido. O el sonido seguido del fognazo. El fognazo continuado por un dolor muy breve en la frente, sobre los ojos, antes de la oscuridad.

TN

## Sonia González Valdenegro

Abogada y escritora. El mayor reconocimiento de su carrera lo ha tenido como autora de cuentos, género en el que ha publicado los volúmenes *Tejer historias* y *Matar al marido es la consigna*. Destaca su volumen *La preciosa vida que soñamos*. Su tercera novela, después de *El sueño de mi padre* e *Imperfecta desconocida*, es *La línea del día* (LOM, 2018).



## Fragmentos de Chile

Cecilia Aravena Zúñiga

[www.espora.cl](http://www.espora.cl)

Cecilia Aravena:

## «La homosexualidad en Chile funciona con prejuicios y estereotipos»

— ¿Cómo surgió el personaje de Patricio Valdivia, el investigador privado de *La Verdad secuestrada*, escrita a cuatro manos con Eduardo Contreras Villablanca?

—Patricio fue construido en conjunto con Eduardo. Tenemos un amigo común con las mismas virtudes de Patricio, es decir, buen amigo, muy dedicado a su profesión como detective, comprometido con las causas de violaciones a los derechos humanos. Gozador de la buena mesa y vinos. Enamorado y romántico. Pensamos en él, en su trayectoria, en la forma en que fue tratado por la institución a la que dedicó gran parte de su vida. Eso nos inspiró.

En cuanto a la homosexualidad de Patricio, inventamos esta característica en el personaje porque en Chile aún se funciona con muchos prejuicios y estereotipos al respecto. Por ejemplo, lo tradicional es asociar masculinidad con intrepidez, con correr riesgos y ser valiente, en el caso de nuestra novela, Patricio, es intrépido, corre riesgos y es valiente, pero no es masculino tal como se define tradicionalmente y mucho menos en relación a los personajes clásicos de la novela negra, que exhiben un detective rudo, bebedor, mujeriego y desengañado de todo. Patricio resulta tierno y a la vez fuerte y decidido. Es optimista y organizado con su presupuesto. No tiene vicios, más que enamorarse, y cuando lo está, es fiel y romántico.

Además, para hacerlo más querible y cercano mientras creábamos la novela, le atribuimos las características físicas de otro gran amigo. Así cuando hacíamos los capítulos veíamos a Patricio, lo escuchábamos, nos reíamos con él.

—El contexto está muy presente en las novelas *La verdad secuestrada* (2014) y *Estación Yungay* (2020). Me refiero a ciertos acontecimientos, programas televisivos, entre otros. ¿Lo anterior se debe a que son argumentos creados en esa época o hay un trabajo de investigación de los años retratados en las novelas? Por otro lado, ¿Qué rol cumple el relato negro con la construcción de la memoria de un país?

—Los argumentos de ambas novelas son recuerdos y vivencias de ambos. En la década de los noventa, Eduardo y yo teníamos un poco menos de treinta años y después de haber crecido en dictadura y haber estudiado nuestras carreras con la represión en la espalda y en la guata, esperábamos con ansias y altas expectativas el término de esos años de horror. Por ello retuvimos en nuestras cabezas y nuestros corazones aquellos sucesos que impidieron que la alegría llegara. Estos insumos tomaron la forma de nuestras novelas. A los chilenos nos duele el caso Riggs, Mirage, los casos de tráfico de armas a Croacia, las redes de narcotráfico de Pinochet, entre otros muchos. Y pienso que temas como esos que acabo de mencionar, o las violaciones a los derechos humanos en Colonia Dignidad, durante la dictadura, y que se abordan en *La verdad secuestrada*, son parte de la memoria, de los hechos que merecen un «nunca más», a los que se puede contribuir desde los relatos negros.

—En algunos relatos como «La verdad secuestrada» y «Cuatro variaciones de un mismo encargo», de manera directa o indirecta aparece la venganza de los personajes o, por lo menos, que estos toman accio-

nes que debieran realizar las instituciones. ¿Por qué la venganza o, de manera más amplia, el hecho de tomar la justicia por las propias manos, pasa a ser tan recurrente en la novela negra chilena? ¿Qué crees que significa esa recurrencia que relativiza el papel de víctimas y victimarios?

—Creo que en la novela negra los personajes buscan la justicia por sus propias manos porque saben que en el sistema que habitan no la encontrarán de ninguna forma. Y no sólo me refero a la justicia formal, a los tribunales y las leyes. Sino que también a situaciones que son claramente ilegítimas para las que no existe ningún tipo de sanción ni protección. Por ejemplo, los abusos de un empleador déspota, el robo del agua que sufre una comunidad rural, los intereses usureros de un préstamo, la falta de un tratamiento médico porque no tienes lucas para pagarlo, estos abusos también son descritos y de cierta forma denunciados en la novela negra.

El significado de la relatividad entre víctimas y victimarios en la novela negra, podría expresar el anhelo de cambiar las cosas, aunque sólo sea en el terreno de la ficción. Desde luego, uno desearía un país en los que esas necesidades de tomar la justicia por las propias manos, no fueran necesarias, pero mientras los abusos queden impunes, hay material para los ajustes de cuentas.

—¿Qué gana y qué pierde Patricio Valdivia en su investigación? ¿Te parece que él sigue el patrón de los detectives del género *noir* que, a pesar de descubrir la verdad, de igual forma se ven derrotados con ese conocimiento o con las consecuencias que surgen de ese saber?

Patricio, gana un poco de justicia para la situación que investiga, pero no logra justicia para todas las personas que se vieron afectadas por el secuestro de la verdad que se negoció en nuestro país por 50 años. Desde esta perspectiva sigue el patrón de los detectives del género *noir*.

A nivel personal, pierde a la persona que ama, quizás porque se dedicó a investigar más tiempo del que a su pareja le pareció razonable. Es decir, el protagonista es «castigado» por su búsqueda de la verdad.

—Tus relatos son del género negros o criminales, pero se ven diálogos con otros géneros o modos de expresión. Como, por ejemplo, tu cuento «Obras consa-

gradas» que podría catalogarse de ciencia-ficción. También hay conversaciones con lo fantástico en «Una ginebra a media tarde». ¿Piensas que existe libertad con el género policial negro que puede adoptar ciertos códigos de otras lógicas literarias?

—Creo que en este esfuerzo y placer de crear, podemos sentirnos libres de adoptar ciertos códigos de otras lógicas literarias y mezclar con la novela negra, lo fantástico, la ciencia ficción. Pienso que lo importante es crear mundos que recogiendo la mirada crítica de la novela negra, nos permitan posicionar a personajes modernos, vigentes y sobre todo portadores de grados importantes de heroísmo.

—¿Tienes proyectos literarios en solitario o con Eduardo Contreras? ¿Hay alguna pesquisa que esté esperando al agudo y empático detective Patricio Valdivia u algún otro u otra detective?

—En estos momentos tanto Eduardo como yo estamos en proyectos individuales de creación. Tanto en cuentos como en novelas. En mi caso estoy trabajando en una novela corta que tiene como protagonista a una joven que se ve obligada a investigar el crimen de su pareja. Creo que cada uno debe avanzar más en su propio estilo y opciones literarias, de manera que sea aún más rico cuando volvamos a embarcarnos juntos en otra novela. Lo que sí tenemos muy claro, es que Patricio Valdivia volverá a encantar con su tremenda humanidad a sus lectores. TN

Cecilia  
**Aravena**



# Un apacible barrio

Por Cecilia Aravena Zúñiga

Dos querubines sostienen un jarrón mohoso del que aún brota un delgado chorro de agua en la plaza de calle Independencia. Los asientos descascarados que quedan ya no reciben familias buscando la sombra de árboles frondosos, mientras sus niños tiran monedas a la pileta. Unos pocos ancianos salen en las mañanas sin lluvia a alimentar a las palomas. Las casas del barrio quedaron grandes para sus ocupantes, con chimeneas que ya nadie enciende y jardines abandonados a su suerte. En los patios, los paltos y nogales crecen libres e ignorados, al igual que los naranjos que adornan las aceras con sus frutos carnosos esperando que alguien se los lleve. El viento de la tarde trae hojas amarillentas y quebradizas, como polleras largas y gastadas de otoño.

Detrás de un muro de ladrillos, tapizado de enredaderas, el frío del domingo traspasa las ventanas de una de aquellas casas. El matrimonio de ancianos que la habita se encuentra sentado en la sala alrededor de la estufa. Una mujer gruesa con las piernas envueltas en un chal, aprovecha la luz natural que aún queda, para concentrar sus esfuerzos en una costura. Está sentada en una silla mecedora y a ratos se endereza para observar a su esposo, que trata de leer, acercando y alejando el diario de sus ojos.

—¡Qué desastre, cada vez me cuesta más!, Isabel, ¿recuerdas a Tomás? ¡Qué bien leía! Con él logramos terminar *La hora 25* en unos pocos días. Era un buen muchacho, lástima que haya cambiado tanto. Su mal humor lo volvió insoportable.

—Ahora nos vendría bien alguien con buena vista, ¿no crees, querido? —respondió Isabel, acomodándose los lentes para cortar los hilos que aún se asomaban en la bastilla del pantalón que cosía.

Alonso se aprontaba a responder a su mujer, cuando fue interrumpido por un estruendo de vidrios cayendo al

suelo. El ruido provenía de la ventana del baño de servicio que nadie ocupaba. Recordó que alguna vez su mujer le dijo que el muro divisorio del fondo del patio no era muy alto. No era seguro, le había dicho y él levantó medio metro más de pared por todo el perímetro. Ahora estaban aislados. El ruido de pasos y voces de hombres acercándose le anticiparon el asalto.

Tomando su bastón, apuró sus pasos hacia el timbre de pánico ubicado en el dormitorio principal al final del pasillo, sin acordarse del vendaval de otoño de la noche anterior, que provocó que se cortaran las líneas telefónicas y dejara de funcionar el sistema de alarma de la casa. Se encontró con los delincuentes a boca de jarro. Dos muchachos flacos salían a su encuentro, uno con la cabeza rapada en los costados al estilo de los futbolistas famosos, pensó Alonso, y el otro con un jockey embutido en la cabeza hasta las orejas. Uno llevaba un cuchillo cocinero en la mano y el otro un fierro. Los gritos de Alonso fueron ahogados por las risas de los jóvenes, que le quitaron los lentes y lo tironearon de la bufanda, provocándole una sensación de mareo y falta de aire. Con un hilillo de voz comenzó a pedir auxilio. Isabel lo miraba desde la sala con sus ojos claros muy abiertos, los brazos extendidos hacia él y su costura desparramada en el suelo.

—Mira huevón, este viejo chilla como una rata —dijo el joven del jockey.

—Peor aún, como una rata vieja, muy vieja —respondió el otro, y rieron frenéticos. Los ojos de ambos lucían pequeños y enrojecidos.

Arrastraron al anciano hacia la sala. La silla mecedora en la que momentos antes estaba sentada Isabel, ahora se mecía en completa soledad.

—¿Y la vieja para dónde arrancó? —dijo uno de los asaltantes.



—Seguro que nos fue a preparar la once —respondió el otro, y sus ojos rojos desaparecieron en una línea, riéndose a carcajadas.

—¿A dónde fue tu mujer? —insistió el primero, dando al viejo, que yacía en el piso, una patada en el estómago.

Sin esperar la respuesta de Alonso, el mismo joven comenzó a recorrer la casa. El otro, salió al patio de servicio por la cocina, comenzando a hurguetear en el cuarto de herramientas. Isabel, que se escondía allí, miró sus manos en las que aún estaban las tijeras con las que un momento antes trabajaba. Sus palmas sudaban. Escuchó la manilla de la puerta metálica cediendo a la presión y luego apareció ante ella, una cara angulosa con una boca grande que exhibía una mueca de dientes chuecos y amarillos. Un hálito de alcohol ocupó el espacio que la separaba de su asaltante. El joven, al descubrirla, levantó las cejas e intentó decir algo, pero antes que saliera algún sonido de su boca, Isabel le enterró las tijeras en el cuello. Con un solo movimiento, atravesó la carne con ambas puntas. Un borbotón de sangre caliente salpicó su rostro y sus manos. Luego escuchó el golpe seco del cuerpo al caer en los baldosines. Se quedó algunos instantes observando el manto de sangre que se esparcía en su piso. Luego, dando un salto por encima del cuerpo inerte del muchacho, salió al jardín.

Al pasar por el frontis de la casa pudo distinguir, desde el ventanal, a Alonso en la alfombra, amarrado con el cable del teléfono. Su peluquín castaño claro estaba sobre la cabeza del asaltante, que guardaba objetos en una mo-

chila, mientras llamaba a su compañero. Isabel, lo vio ir hacia la cocina. Luego escuchó los gritos del muchacho. Asustada se escondió detrás de las hortensias azules, que crecían frondosas en el jardín. Escuchó que el maleante seguía gritando mientras recorría la casa y daba portazos. El joven, apareció corriendo, con una mochila a medio cerrar en sus hombros, que dejaba ver unos candelabros de plata y su joyero. El delincuente en su carrera hacia la reja de la entrada tropezó con un enano de yeso que adornaba el jardín, cayendo de bruces en los pastelones, la caída lo dejó inmóvil por unos instantes y antes que pudiera volver a levantarse, la mujer le saltó encima con una piedra en la mano. El muchacho alcanzó a gritar y perdió el conocimiento al instante.

Al despertar, se encontró tendido en una cama en una pieza oscura sin ventanas. Se escuchaba un tango que provenía de la sala. Al tratar de moverse, sintió un fuerte dolor en la cabeza y se dio cuenta que estaba vendado. Gimió. Al rato, Isabel, apareció en la puerta, sonriéndole.

—Ya era hora, ayer terminamos de enterrar a tu amigo en el patio —levantando la cabeza gritó—: Viejo, ¿despertó!

—¿Qué? ¿Y la policía? —preguntó el joven tratando de enderezarse, mirando hacia los lados.

—¡No los llamamos! La policía siempre complica las cosas. Esto podemos arreglarlo entre nosotros —dijo la mujer, dejando en el velador, a un costado de la cama, una bandeja con una taza de té y un plato con galletas. Un par de margaritas decoraba la sonrisa en su rostro.

—¡Ah! Claro, arreglemos esto entre nosotros, por supuesto, yo me voy como vine y aquí no ha pasado nada.

—Mejor que eso, tú te quedas como viniste y aquí no ha pasado nada —le remedó Alonso, que ya se asomaba en el umbral de la puerta, limpiando sus lentes de marcos dorados.

—¿Cómo dice? ¿Quedarme?... ¿Para qué?

—Pues para acompañarnos, ya somos viejos y nos aburriríamos de estar siempre solos. ¿Verdad querida? Puedes leernos, como antes lo hacía Tomás. Él llegó igual que tú y fue nuestro invitado un buen tiempo, pero decidió dejar de comer y no pudimos hacer nada. También lo enterramos en el jardín, donde están las Hortensias de mi mujer. ¿Crecieron más hermosas, verdad Isabel? Tu amigo está en el patio, en las faldas del nogal.


—¿Están locos? no pueden encerrarme.

—¿Encerrarte? No, por supuesto. Más adelante podrás salir al jardín o andar por la casa.

—¿No entienden? Yo no me voy a quedar aquí, ¿caso creen que un par de viejos locos me lo impedirá? —El joven intentó bajarse de la cama, pero sus tobillos estaban encadenados a la vieja cama de fierro.

—Por ahora te quedarás en esta habitación —dijo Alonso.

Los ancianos se miraron y salieron del cuarto tomados de la mano.

El grito del joven se apagó al cerrar la puerta del subterráneo. La luz en una casa vecina estuvo prendida algunos minutos, luego la noche de domingo en el apacible barrio sólo fue interrumpida por la música de un tango y ladridos de perros lejanos. 

## Cecilia Aravena Zúñiga

Ha publicado cuentos en revistas y antologías, entre otros en la revista Pluma y Pincel el 2005, en las antologías *Plaza Italia* de Mago Editores el 2006, y en *¡Basta! Más de 100 hombres contra la violencia de género* de Editorial Asterion el 2012 (reeditado en inglés el año 2017). El cuento «El mate soñado» fue publicado en el libro *Memoria, Participación, Democracia del INDH y el Museo de la Memoria* (2013). Su cuento «Antes del anochecer» forma parte de la compilación *Santiago Canalla* (Espora Ediciones 2019). Ha recibido el Primer Premio de Novela de la Municipalidad de Santiago el 2002, y el Primer Premio del concurso «Fantoques» el 2017 en Cuba. Entre 2007 y 2017 formó parte de taller literario de Poli Délano. Ha publicado las novelas *Don't Disturb: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias* (Mago Editores, 2005) y *Será de madrugada* (CEIBO editores, 2015). El libro *Cuentos urgentes para Nueva Extremadura* fue publicado por la editorial Espora el año 2016. En el año 2019 publica *La verdad secuestrada* (Mago Editores – Espora) a cuatro manos con Cecilia Aravena Zúñiga. También a dúo es su novela negra *Estación Yungay*, en la colección «La Otra Oscuridad» (Espora -Rhinoceros).



Colección «La otra oscuridad»

# La conjura de los neuróticos obsesivos

Julia Guzmán Watine



Rhinoceros [www.espora.cl](http://www.espora.cl)

# El sendero de los Apalaches

Por Francisca Rodríguez

*Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente; enfrentar solo los hechos de la vida y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar. Quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida... Para no darme cuenta, en el momento de morir, que no había vivido.*

H. Thoreau

## I

El Sendero de los Apalaches fue creado en 1937 y une al país desde Georgia hasta Maine, atravesando catorce estados. Cuenta con más de 3 500 kilómetros de caminos que solo pueden ser recorridos a pie.

Las principales amenazas que los excursionistas pueden encontrar son las condiciones climáticas adversas y los ataques de animales, junto con errores humanos y enfermedades diversas.

Con orgullo, podemos afirmar que la tasa de homicidios se mantiene bastante baja en el lugar, considerando la enorme cantidad de gente que lo frecuenta cada año.

Pero al iniciar el trayecto, usted no sabe si será parte de esa estadística o no.

## II

En los folletos se lee que la fauna del Sendero de los Apalaches es representativa de esa zona del país.

Los distintos trípticos muestran foto coloridas de las diversas especies.

A la distancia se pueden observar ciervos y alces.

Los osos, si bien su población ha ido en aumento, rara vez se muestran.

Es común ver águilas, ardilla, nutrias y zorros.

Se recomienda no acercarse mucho a los animales. Algunos son temerosos y huirán pero otros son muy territoriales y podrían atacar.

Sin embargo, en ningún tríptico se señala el peligro del asesino escondido en los bosques.

## III

Los verdaderos excursionistas reconocen las señales de la naturaleza. Han aprendido a leer los cambios en las nubes, el sonido del viento entre los árboles, a calcular dónde pisar en un sendero escarpado para no caer cerro abajo.

Creen dominar los saberes del bosque, aunque solo atisban la superficie de sus secretos. Esa omnipotencia es su principal debilidad. Suelen estar tan concentrados en el mundo natural, que cierran sus sentidos a los movimientos humanos. No perciben cómo se desenvaina el cuchillo, no observan la trayectoria directa que traza en el aire directo a su estómago.

## IV

La noche en el bosque muestra todas las estrellas de la vía láctea. En la tienda de campaña, los excursionistas duermen.

Como si de una mala broma se tratase, los despertó el movimiento brusco de la tienda y las amenazas del hombre «¡Los quemaré vivos!». Desorientados aún por el sueño, le gritan que se vaya.

El olor de la gasolina con la que rocía la tienda les indica que hablaba en serio.

## V

James Jordan sube una selfie a su cuenta de Facebook y cambia su foto de perfil. Tiene el pelo rubio ondulado y posa con la guitarra en una mano. Postea ocasionalmente en sus redes sociales y cuando lo hace, invita a quien quiera unírsele, a recorrer el Sendero.

James Jordan escribe en Twitter que estar en el Sendero le ha hecho mucho mejor que las drogas que insistían en darle cuando estaba en el hospital. Prefiere estar sin compañía humana, solo con su perro. Los excursionistas con los que se ha cruzado lo han visto musitando palabras incomprensibles.

James Jordan publica en Facebook que es el Soberano del Sendero y hace una invitación abierta a formar un cartel para eliminar a quien se lo merezca.

Cualquiera puede ser el elegido.

## VI

Recuerda que alguna vez leyó que, para evitar el ataque de un oso, debía fingir que estaba muerta. La situación no era la misma, pero fue la única alternativa en la que pensó. Permaneció inmóvil y disminuyó la frecuencia de su respiración como no creía que fuese posible.

Tuvo éxito. Al verla así, el hombre que la había acuchillado repetidas veces se internó en el bosque.

## VII

Mi novia descuartiza cadáveres en el restaurante donde trabaja la policía no interfiere porque es un servicio que le presta al gobierno tuve que sacarme la ropa ellos me seguían rastreando las nanopartículas de polen espacial en los jeans dorados de lluvia el gobierno quiere que desaparezca y no tomaré esas drogas no quiero ser un zombie controlado por el pentágono el bosque me alimenta soy el Soberano del Sendero el gran oso negro reencarnó en mi perra y me protegerá de todo mal amén.

## VIII

El hombre sale detrás de unos arbustos y corre hacia ellos. Grita frases ininteligibles. El sol brilla en sus rizos dorados y se refleja en el filo del cuchillo que enarbola con vehemencia, formando una imagen tan luminosa como terrible.

Paralizado por la sorpresa, el excursionista es acuchillado una y otra vez. Una y otra vez.

## IX

Nunca había sido tan difícil recorrer ese trayecto. Cada paso dado era una victoria sobre el cansancio y el dolor.

La mujer caminó varios kilómetros por el sendero montañoso hasta que recuperó la señal de su celular. Con dedos temblorosos debido al esfuerzo, hizo una llamada.



Cuando le contestaron, antes de caer extenuada, alcanzó a musitar: «Necesito ayuda, me apuñalaron».

## X

Escalofriantes noticias nos llegan desde el Sendero de los Apalaches, en el condado de Wythe, Virginia.

Dos excursionistas fueron atacados con arma blanca por un desconocido que había sido visto merodeando por la zona. A causa de las heridas, el hombre murió en el lugar de los hechos. La mujer, por su parte, fue capaz de caminar cuatro kilómetros para pedir ayuda, a pesar de haber recibido varias puñaladas. Su estado de salud es crítico. La policía aún busca al responsable de esta atrocidad.

En otras noticias relevantes, sepa qué trajes de baño estarán de moda este verano.

## XI

Los noticieros hacen hincapié en que todo ha vuelto a la normalidad. El principal sospechoso fue detenido al día siguiente del ataque.

Los excursionistas dicen sentirse aliviados

Ignoran que habitualmente hay dos o tres asesinos recorriendo el sendero como lobos solitarios.

Actúan solos y tienen mejor suerte que James Jordan.

## XII

Los excursionistas amateur suelen hacer los trayectos más cortos y sufren más accidentes. Olvidan el bloqueador solar, el repelente de insectos y la comida se les acaba antes.

Los excursionistas más experimentados, en cambio, racionan los alimentos y conocen el terreno. Saben que al inicio del verano deben hacer el trayecto de sur a norte y que si se aproxima el otoño, es mejor hacer la ruta de norte a sur.

Hay un tercer tipo de excursionista que no califica para ninguno de los dos grupos.

Son los que recorren el sendero pero no van a ninguna parte.

Son los que se dedican a observar a los transeúntes, acechantes, esperando a la víctima perfecta. **TN**

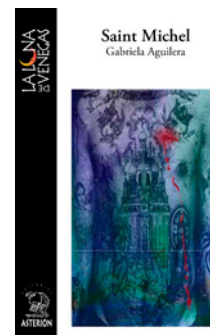
## Francisca Rodríguez

(1982, Santiago) Psicóloga y escritora. Se formó en los talleres literarios de Pía Barros y Gabriela Aguilera. Sus textos han aparecido en antologías de editorial Ergo Sum, E-books Patagonia y Asterión Ediciones. Ha publicado *Tránsitos de Plutón* (Ed. Sherezade, 2016) y *El Sendero de los Apalaches* (Ediciones Imposibles, 2020). Es miembro fundadora del Colectivo Señoritas Imposibles (escritoras chilenas de narrativa negra) y también de la Red de Escritoras Microficcionalistas (REM). Pertenece al comité editorial de Ediciones Imposibles.



# TRAZAS NEGRAS

Disponibles en: [www.delibros.cl](http://www.delibros.cl)



## **Cárcel, poder y fragmentación en *Saint Michel*,**

de Gabriela Aguilera

(Extracto)

Por Nana Rodríguez Romero

«*Saint Michel* es una novela fragmentada, compuesta por 118 minificciones, independientes una de la otra, con magnífica unidad, enlazadas como un collar de abalorios a través de un hilo narrativo *in absentia* que conforma el todo o la globalidad de la historia».

«...cada fragmento narrativo de *Saint Michel*, pone en acción a los personajes en relación con los lugares, los espacios, las situaciones de tensión, en una polifonía que es el todo, pero también la parte, como una especie de mosaico textual que alberga la complejidad de un mundo real y de ficción».

«Uno de los aciertos de esa micronovela es el doble espacio entre la ficción y la realidad en los que se desarrolla la historia. San Miguel, la cárcel de la ciudad de Santiago de Chile en la que suceden los hechos reales, desalojada en 2010 por un incendio y *Saint Michel*, la fortaleza medieval en la que viven las princesas, los caballeros, la reina, y los guardias. Las llamadas princesas son el nombre literario y estético que les ha se le ha dado al grupo de población gay (travestis, transexuales, homosexuales), que habitan en un pabellón especial, solamente para ellos».

«En *Saint Michel*, la arquitectura ha cambiado, sin embargo, conserva el ojo avizor, invisible pero efectivo, el centro vigilante ya no está en el centro, está en todas partes».

«Así, *Saint Michel*, se erige como una máquina infernal, los guardias se sienten tan prisioneros como las princesas, la cárcel está rodeada de torreones como un castillo. Si en el panóptico el ojo del poder era invisible pero

conocido, la tecnología del poder en *Saint Michel* avanza, somete y vigila mediante su presencia»

«En *Saint Michel* el poder se mueve entre sus habitantes, hay categorías y jerarquías».

«El recurso literario de nombrar a los homosexuales y travestis de la realidad, como princesas retenidas en una fortaleza, esperando a su príncipe enamorado que venga algún día a rescatarlas, y caballeros que luchan entre sí por el amor de las princesas ante la tiranía de la Reina, es dentro de la ficción de la micronovela un contraste estético que suaviza la crueldad, la injusticia, el horror, el infierno de la cárcel».

«La trama de relaciones pasionales en *Saint Michel*, son una mezcla de deseo, pasión, miedo, violencia, intriga y muerte».

«En *Saint Michel*, el dilema sexual de los guardias ante la provocación de las princesas, desborda la pulsión sexual, la subjetividad deseante, como diría Nietzsche, urgida además por la prohibición desde los discursos y las prácticas que han hecho de la sexualidad un poderoso dispositivo de control y de dominación, no obstante los movimientos gay en la actualidad han ganado algunas reivindicaciones y derechos en el mundo y en América latina, la moral cristiana y militar ha dejado sus profundas huellas que se denotan en los guardias y su tensa relación con los presidiarios homosexuales».

«El poder está en todas partes. El arte en general y la literatura en particular son expresiones de la resistencia y a la vez representan un poder desde la estética, la imaginación, la ficción y el lenguaje. La micronovela de la es-



critora Gabriela Aguilera, *Saint Michel*, se constituye y deviene poderosa en tanto representa las cárceles y las relaciones de poder que por allí se ejercen y circulan, en una trama cruel y demasiado humana, en el sentido de la crueldad a la que se refiere el escritor español José Ovejero, en su libro *Ética de la Crueldad*, relacionada con cierto tipo de literatura que remueve los cimientos de cierta seguridad falsa que cree poseer el lector, una literatura que incomoda, y devela la condición humana alrededor de la tragedia, el crimen, la injusticia, la cárcel, el amor y el sexo, con una belleza estilística, en el caso de la obra motivo de este estudio, con un telón de fondo enmarcado por el poder y develado a la luz del pensamiento de Michel Foucault».

«El final de esta historia fragmentada en connivencia con la realidad, termina con el incendio que devora los muros y los presos de Saint Michel, pero no devora al poder, pues los Guardias, el Director, la Reina y su cohorte, las princesas, sobreviven, son trasladadas a otro lugar. La obra se cierra con una frase contundente: «La existencia de Saint Michel es eterna», a su vez el mismo Foucault observa que “alcanzar la inmortalidad es la máxima aspiración del poder”».

TN

**Nana Rodríguez Romero**

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2013

[https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cuestiones\\_filosofia/articulo/view/2110](https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cuestiones_filosofia/articulo/view/2110)

*Saint Michel*, Gabriela Aguilera / Ediciones Asterión / Octubre 2012 / 170 pgs.

# Cinco son los puntos cardinales

Por Gabriela Aguilera Valdivia

*Por lo que tú sufriste, por tu tragedia, por lo último que tuviste ante tus ojos*

Se extiende la mirada por los basurales y sitios baldíos, en una de las zonas pobres y peligrosas en la ciudad fragmentada. Es poca la gente que quiere venir para estos lados. Si hay que verlos, que sea por la tele.

El cuerpo se despliega, cruza distancias. La Marta Brunet de Puente Alto, San Ramón, La Pintana, San Bernardo, espacios que podemos hilvanar con puntadas largas y con puntadas pequeñas y prolijas. Líneas irregulares, con aguja fina para que sea posible unir y no rasgar cada vez que la punta aguzada se hunda en el territorio.

Un hilo de sangre inicia en el cordón umbilical que se cortó en 1985 en un hospital público. Camas con pintura saltada, sábanas raídas, pasillos donde la gente se amontona esperando que alguien cobije su dolor de guata, su dolor del corazón, su dolor del cáncer y la bronquitis. Allí se enhebra el hilo de sangre con el que vamos a respuntar los lugares que dan forma a un nuevo cuerpo. No podremos bordar ni hacer un zurcido japonés porque aunque el pellejo sea una tela blanda y suave, hay que tener pellejo primero. Sin pellejo no se puede.

Entonces seguimos.

El hilo de sangre envolvió los llantos del niño de ojos claritos. Era una guagua bonita seguramente, una guagua ruciecita como le gustaría a cualquiera en este país. A lo mejor su llanto era calladito, como si supiera o presintiera. ...Dicen que los niños ven cosas que los adultos no pueden ver y después las olvidan.

El hilo de sangre salió de ese hospital y se prolongó en el hilván con la fuerza silenciosa del mandato. Entretejió una infancia, el abandono, el miedo temblando en el pecho, los golpes, el paso por distintas casas, con diferentes madres y padres falsos que no lo querían. Se enredó en el primer trago, el primer mono, el olor tranquilizador de la pasta, las calles de la Marta Brunet, de la Plaza de Armas y sus noches de niños sacrificados frente a la

Catedral de Santiago.

El hilo fue engrosando porque la pena y la rabia engruesan todos los hilos que tocan. Era la fatalidad de un destino escrito, pintarrajeado en el cuero delgado, casi transparente, tan frágil. Allí el hilo dejó su huella de respuntes, tatuó las marcas, alargó los signos. Le dio una forma a su vida, señalando un camino certero que él transitó sin saber que terminaba abruptamente en un corte de tierra, bala, de cuchillo carnicero. El hilo era invisible, como todos los hilos vitales y él solo podía sentir el dolor del pinchazo de las agujas costureras que lo atravesaban cada vez. Eran dolores que alcanzaban el llanto, los gritos, aullidos en la noche de las injusticias. Noches pecadoras cuando hay uno que por primera vez le rompe el culo a otro y lo deja mojado y temblando pero con un billete en la mano que pasa a otras manos a cambio de pan o pasta.

El hilo se hizo tenue cuando se entrelazó con el de la Linda en la frontera comunal, justo en la calle Venancia Leiva. Caminaban durante horas entre los blocks, sin comer, rodeados de gritos y música. Tomados de la mano, se reían de puras leseras y dejaban sus huellas en un escenario abierto e inhóspito, callejeando en las plazas enmalezadas. Fue el mejor tiempo. Pero apenas él tocó ese cielo, el hilo lo tironeó llevándose a otros sitios, lejos de la puerta de la Linda, lejos de sus manos y su voz, de esa guata que crecía, chanco en bolsa. Algunos cuentan que ella lo dejó ir porque sabía que él era un vaga mundo, alguien que jamás iba a jugar a la casita ni con ella ni con nadie. La Linda lo vio salir de su vida y no imaginó lo que podía pasar después. Aunque tal vez sí pensó algo, pero no como lo que ocurrió cuando ocurrió de verdad.

El hilo áspero, endurecido y tieso como una lezna, lo llevó de vuelta a la noche, a las calles desiertas en los veranos caliginosos de Santiago, un helaíto, un juguito pa

espantar la sé. Ni un árbol frondoso en las poblas, apenas unos escuálidos, desnutridos como su gente, los pasteros deambulando, a veces un jardín cercado con palos y rejilla de gallina protegiendo los cardenales, una florcita al menos, entre tanta tierra suelta.

Él siguió sus propios pasos aunque no sabía que el hilo de sangre era el que trazaba su trayectoria y dibujaba su final en punto cruz. Quién sabe si hubiera podido sospechar que la cosa iba a ser así para él. A los veinte años uno no imagina la muerte aunque la muerte es más viva que todo, bestia agazapada tras cada vuelta, al aguaito del desprevenido carne fresca para engullir. El hilo lo lanzó en picada a la torre 2 de la cana, lindo el cabrito, decían los lobos caneros, afilándose los colmillos.

El hilo lo devolvió a calles conocidas, lo guió por las cercanías, lo dejó durmiendo en un camión abandonado, pasando las horas en las garitas, algún cliente podría caerle por ahí, una monea, por favor, tía, es pa pan, no pa copete ni pasta. Y tal vez sus ojos claros, su piel blanquita levemente tostada, esa mirada que se clava desde las fotos oficiales, que llega del pasado abofeteando a los que nos quedamos, sus ojos pidiendo, su mirada triste pero risueña, conseguía las monedas. La vieja sentía pena, pensaba en sus propios hijos, casi de la misma edad, con la misma miseria, pero distintos porque sus hijos la tenían a ella y este cabro se veía que estaba solito en el mundo. Entonces la vieja abría la chauchera y sacaba algo de plata, pa que te comprís comida, no pa volarte, le debe haber dicho. Y él, sí, claro, si es pa eso, pa comer.

Y luego volar, un instante de alegría cuando el mundo es colorido, ahí sí que hay flores lindas y pajaritos que cantan, agüitas que corren. El sol relumbra al mediodía, calienta el aire, la piel, uno siente cómo se está quemando justo bajo ese sol y sobre el pavimento con hoyos de la pobla. Un instante de voladura, apenas un instante para ir hacia el cielo con alas invisibles, ser un ángel, uno de esos que hay en los cuadros o en las películas de Diosito. El hilo lo eleva muy alto, el sol allá arriba, todo es viento suave, todo es luminosidad, él es grande, poderoso, todo lo puede, el cielo está cerca, puede tocarlo, puede sentirlo y va solo, fuerte, respunteado contra el cielo y el sol, creciendo, lejos, muy lejos...

Después la calle otra vez, el calor seco, el olor a las basuras que se queman. El sitio eriazado con su colchón, y un sofá despanzurrado. No sirven para jugar a la casita. No, es para dormir unas horas, para estar, nomás, ahí, y vivir esos minutos. La vida son esos minutos.

El hilo lo había conducido hacía muchos años a buscar a su madre, la de verdad, la que lo había parido en el hospital en 1985. Ella ahora tenía otra familia, otros hijos. No había querido ni verlo y uno de sus hermanastros lo correteó a cuchillo por las calles de una pobla similar a la suya. Nunca entendió por qué pasó una cuestión así. La Linda dijo que quizás era porque él se parecía a su papá, y su mamá no quería saber nada de ese caballero, porque había sido malo con ella, un recuerdo del que no valía la pena acordarse. Él se miró al espejo ese día, buscando saber cómo había sido su padre pero no pudo encontrarlo en sus propios rasgos. No estaba en las líneas de su cara, en el rictus de su boca. No estaba.

El hilo lo llevó por otros andares. En uno de esos fue que conoció al hombre. Todo empezó como una transacción. Cuánto vale. Tanto. Cuántas horas. Tantas. Con todo. Con todo. El hombre lo llevó a una heladería que era su negocio, dijo, y estaba justo en la frontera comunal, en Venancia Leiva mismita, ahí, donde había conocido a la Linda y por un instante pensó en ella y su hija.

La heladería era como un galpón rodeado de rejas y peladero. El hombre miró a todos lados mientras sacaba sus llaves. Él esperaba ansioso y estuvo con el hombre allí, oliendo el aroma de la vainilla, el azúcar. Entre los dedos expertos del hombre, esos besos que le exigían más, él podía envolverse en los olores de una niñez de fantasías, la de los otros niños, los que tienen papito y mamita de verdad, van a los juegos del parque, comen algodón de dulce, corren tras una pelota. Imaginaba que había sido uno de ellos, con la boca llena de pedazos crujientes de cuchufli con manjar, gritando papito o mamita. Era feliz en esos momentos y después el hombre le servía una taza con helado de diferentes sabores. Comía hasta que se le destemplaban los dientes y le dolía la guata y las sienas por el frío. Tan guailón y con qué ganas tomái helado, le decía el hombre. Y él pensaba que sí era grande, tenía veinte años pero también era un cabro chico zampándose todos los helados que le deberían haber tocado cuando tenía cinco, seis años y más. A veces, como si comprendiera, el hombre le hacía un cariño en la cabeza y agregaba galletas de champaña al helado. A veces, jugaba con el helado cuando estaban desnudos, haciéndole dibujos en la espalda, guiando su lengua con helado para que lo caminara. Él cerraba los ojos y saboreaba, y a veces, solo a veces, susurraba «papá», despacito para que el hombre no escuchara, mientras terminaba de lamerlo y sentía cómo se enterraba en su cuerpo.

El hilo, como si fuera una sogá, lo amarró a aquel hombre. Creyó que lo protegería porque él siempre se lo decía. No te preocupís, cualquier cosa que necesítis, a la hora que sea, aquí estoy. Y era cierto. Plata, un lugar donde pasar la noche, helado, fingir que era su papá y quererlo, abrazarlo fuerte, secar sus lágrimas. Él quería sentir que la heladería era su hogar, su amparo, su refugio contra el frío de afuera. Y si era su hogar podía tomar y usar todo, con o sin permiso. No entendió entonces por qué, no alcanzó a saber qué pasó, qué dijo, cómo un padre puede enojarse tanto con su hijo preferido, con el regalón. Cómo un padre puede hacerlo pedazos si dice que lo quiere tanto, cómo las dos balas entraron y salieron junto con su sangre que manchó el piso de la heladería. No supo que el hombre cargó sus partes para meterlo en uno de los congeladores mientras decidía qué hacer. En tres semanas nadie lo extrañó y el hilo, cordón umbilical enredado, permaneció colgando, en suspenso.

El hilo respunteeó el recorrido e hizo un nudo ciego en cada lugar en el que se quedó un pedazo de su cuerpo, para seguir marcando el trazo implacable del nuevo dibujo. Fue derecho a la Marta Brunet, justo a la autopista, donde quedó el pie. Recorrió el camino hasta el pasaje Quitalmahue, donde apareció su cabeza con la es-

carapela de los disparos, sin pensamientos, preguntas ni deseos, sin surcos de lágrimas en las mejillas cortadas. Un poco más allá dejó las piernas y los brazos sin manos, el otro pie vagando huachito. Llegó hasta San Bernardo donde se quedó su torso vaciado de vísceras, su trasero desollado. Fue hasta el final de Santa Rosa donde dejó embolsicadas sus manos sin los pulpejos de los dedos. El hilo perdió los ojos, perdió trozos de pellejo, los tatuajes del Cupido, las Tres Marías y el bufón que hablaban de su historia, perdió la nariz, su risa, perdió la ternura de su voz pedigüeña. Poco quedó en las páginas, que manos desconocidas han ido borrando con los años.

El hilo de sangre boceteó otra forma que lo contenía en la ciudad fragmentada. Era un paralelepípedo que unía puntos en una nueva área que lo definía como vivo y como muerto. Saltaron los puntos cardinales de su lógica matemática y se movieron en un trazado fino confeccionado por el hilo de sangre, marcado por la imagen de sus miembros cercenados en murallas porosas de concreto y troncos de árboles. En cada punto existe, se levanta con una fuerza que antes no tuvo. Ése es él ahora. Un espacio de dolor sublimado que se eleva al cielo hasta tocar el sol, sin derecho al olvido. **TN**

## Gabriela Aguilera Valdivia

(1960, Santiago) Ha publicado *Doce Guijarros* (1976); *Asuntos Privados* (Asterión, 2006); *Con Pulseras en los tobillos* (Asterión, 2007); *En la Garganta* (Asterión, 2008); *Fragmentos de Espejos* (Asterión, 2011); *Saint Michel* (Asterión, 2012); *Astillas de Hueso* (Scherezade, 2013); *Guerreros de Dios* (Asterión, 2016); *En una maleta* (Ed. Imposibles, 2018) y *Los árboles hablan en Salem* (Ed. Imposibles, 2020). Sus textos han aparecido en antologías digitales y en papel en Chile y el extranjero. Obtuvo la Beca a la Creación Literaria en 2009, 2016, 2018 y 2021. Es una de las creadoras del proyecto literario ¡Basta! Contra la Violencia de Género, encargada del área de internacionalización de dicho proyecto. Miembro fundadora del Colectivo Señoritas Imposibles (escritoras de narrativa negra) y miembro fundadora de REM (Red de Escritoras Microficcionalistas)



# A veces lejos del rumor del mar

Verónica Silva Oliva

[www.espora.cl](http://www.espora.cl)

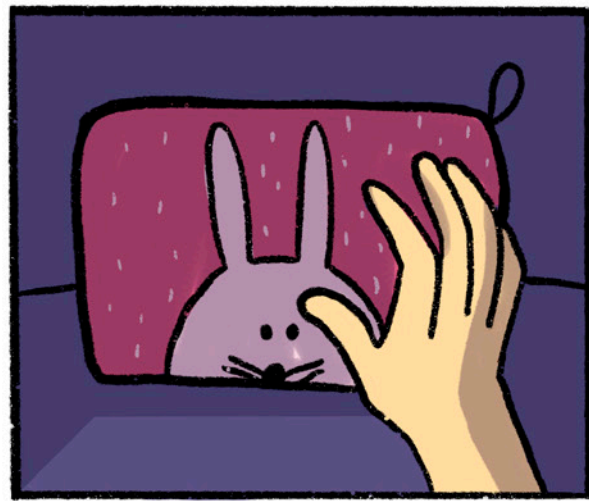
Z

# Abuelita Detective

en

## La Búsqueda

Por Estefani con E





Fabiolita ¿Cómo es su cartera?

Necesito alguna característica para encontrarla

¡Es hermosa! Es roja con un conejito afuera

Y ¿Estabas en la sala de ejercicios?

¡Si!

Estaba practicando boxeo

¡BOXEO!

¡Si! Soy campeona nacional senior

Practico con Heriberto

Entonces, debiste haber practicado boxeo con el saco... y estabas con Don Heriberto, que ahora hace yoga

Don Heriberto siempre usa una colchoneta azul para cuidar su espalda

¡Ya sé dónde está!

¡Si! La dejó ahí al lado de las colchonetas

Mirita ¡muchas gracias por encontrar mis pertenencias!

De nada Fabiolita. Finalmente ¡No había ladrón! Sólo una abuelita muy despistada.

¿Tu también la encontraste?

## *A veces lejos del rumor del mar*

de Verónica Silva Oliva

# Una micronovela de contrapuntos

Por Julia Guzmán Watine



*A veces lejos del rumor del mar* de Verónica Silva Oliva narra perspectivas del episodio terrorífico de los sicópatas de Viña del Mar en los años 80. El libro se presenta en capítulos breves donde se alternan dos voces omniscientes (una de ella describe los escenarios de los crímenes, la otra que relata los hechos) con la voz del personaje Quezada que narra sus recuerdos.

De suerte que se ilustra un contrapunto, como el vaivén del mar, entre el escenario, los hechos y el recuerdo; entre los narradores omniscientes y el narrador protagonista; entre la forma y el contenido. Y dentro de dicha sustancia, hay un contrapunto entre la vida, la muerte y las vidas truncadas que continúan dolorosamente; entre los crímenes de dictadura y los efectuados por los sicópatas; entre el olvido y la memoria; entre las omisiones y los enunciados o la verdad y la mentira. Como si este mar arrojara a la playa los fragmentos, vestigios de vidas, de lo esperado, de lo indeseado; como si trajera con sus olas y su rumor, las huellas de algo incompleto que hay que intentar comprender.

Llama la atención la indagación personal que realiza el carabinero Quezada de su pasado. Y aquí viene un interrogante que se presenta casi al inicio del relato como una revelación: El personaje se pregunta «... para qué servirá este recuerdo y lo que vino después. Hasta me separé de mi esposa cuando me trasladaron por mi cercanía al caso. Solo he pagado costos, y todo esto por la verdad». Con esta inquietud se me ocurre nombrar a Beatriz Sarlo que señala que el pasado acecha hasta manifestarse. El recuerdo no puede ser controlado y aparece porque responde a necesidades del presente y, aquí, Quezada, por ser cercano a los sicópatas y, al mismo tiempo devenir delator de los mismos, se convierte en un actor cuyo rol di-

fuso entre testigo, detective, confidente y denunciante, intenta asirse a una lógica que lo exima de esa culpa que él siente.

Por lo tanto, este recuerdo obedece a un encuadre que articula la narración que este personaje requiere para entenderse o hacerse entender. Lo anterior porque Quezada, aproximadamente 25 años después de los sucesos, cuenta a periodistas de un diario nacional las historias del personaje Soler (uno de los sicópatas, quien, según él, le agarró confianza); narra sus inicios en el amor, relata sus comienzos en la institución de carabineros; y, por último, sus fracasos a causa de los crímenes de Viña del Mar.

De esta forma, el lector se convierte en descifrador de lo dicho y lo no dicho o de ese rumor de lo que no se pronuncia y se susurra desde lo lejos. La pesquisa más que buscar respuestas orientadas a lo que pasó y quiénes fueron los malhechores, se dirige a la razón que conformó estas mentes asesinas, sádicas y sedientas de un poder efímero y destructivo. También, creo yo, se dirige a dilucidar las causas del sentimiento de culpa de un Quezada contradictorio y atormentado con estos crímenes de los años ochenta.

*A veces lejos del rumor del mar*, es una memorable micronovela de contrapuntos y vaivenes donde se oponen el conocimiento del tema con la originalidad del diseño; la historia sabida de los sucesos con la insinuante subjetividad del personaje principal y, por último, se contraponen lo enunciado en el recuerdo y el silencio, lo que aún las pesquisas de Quezada y el lector en el intento de responder a las necesidades opacas de cada presente.

*A veces lejos del rumor del mar*, de Verónica Silva Oliva.  
Espora Ediciones, 2019 / 80 páginas.

Mire compadre, ahora le quiero contar el caso que me tuvo atareado tanto tiempo. Usted sabe que llevaba años haciendo clases en la universidad cuando mi compañero de leyes, el prestigioso Sergio González —¿te acuerdas Maruja?— me pidió que le ayudara en un caso que hasta hoy da que hablar en los tribunales a pesar de que el juez nos dio la razón. Claro que fue luego de un proceso de lento desarrollo, yo diría que indebidamente dilatado en el tiempo. Pero usted sabe cómo se dan las cosas en los tribunales.

Parece que nunca estuvimos suficientemente preparados para ese caso: juzgar a un hombre de mirada aparentemente franca, con una cultura destacada y un muy tranquilo pasar económico. Por supuesto, un hombre conectado con toda la élite de esta ciudad que a veces más parece pueblo. Hijas en buenos colegios y mujer atractiva, además de provenir de una muy buena familia.

—¿De qué caso me hablas?, no recuerdo.

—El de abuso de las hijas por ese ejecutivo bancario, Tomás Martínez, acusado por su ex mujer dos años después de separarse. Acaparó todas las portadas, fotos, entrevistas a cercanos, hipótesis de culpabilidad e inocencia, chimuchina como siempre.

—¡Ah, sí, algo me acuerdo! Pero quizás no sabía que ustedes lo hubieran defendido. Creo que en ese tiempo estábamos viviendo en el sur con la familia, probablemente por eso no te asociaba con el caso.

—Claro, mi amigo Sergio, el abogado a cargo de la defensa, había sido su compañero de curso y ponía las manos al fuego por él. Martínez había sido uno de los mejores del curso, buen deportista, si hasta representaba a su colegio en los torneos y creo que era gran jugador de ajedrez además. Querido por los curas, regaloneado mejor

dicho. Era el jovencito que todas las madres querían para sus hijas. Así, pudo regodearse a la hora de elegir pololas, que no fueron pocas, hasta que finalmente llegó a ese matrimonio soñado con la mujer que años después lo acusó gravemente. ¿Puedes imaginar el escándalo?

—Por supuesto, pero, ¿cómo pudieron enfrentar toda esa carga frente a su situación tan deleznable? Porque era culpable, ¿no?

—Bueno, resultó más confuso de lo que se cree. Sus compañeros de trabajo, amigos y conocidos, e incluso los amigos de su señora que desfilaron por el juicio, lo retrataban como un hombre tranquilo y muy preocupado de su familia hasta en los más mínimos detalles. Todo indicaba que la acusación había surgido por demanda económica, sin ser poco lo que él aportaba, y por venganza de su ex, luego de saber de la relación en esa época de nuestro defendido con una escultural pelirroja del propio banco.

Las pruebas psicológicas a las chicas no eran nada concluyentes, como tampoco lo fueron en general los variados exámenes efectuados al propio acusado, aunque en esto había más de un diagnóstico y no eran pocas las contradicciones de los especialistas respecto al caso.

El Fiscal estaba convencido de la personalidad sicopática del acusado y por ello pensaba que era seguro que el veredicto sería una fuerte condena. Por supuesto, tampoco dudaba de que hubiera atenuantes. Siempre los hay; claro, al menos su irreprochable conducta anterior. Su experiencia le mostraba además que el Juez podría evaluar el caso con eximentes incompletas, en especial de inimputabilidades disminuidas. Pero sabía que la jurisprudencia acepta generalmente algunas psicosis y algunas oligofrenias, otras veces ha aceptado ciertos tipos de neu-

rosis obsesivas compulsivas, pero nunca ha aceptado las personalidades psicopáticas porque se sabe que los psicopatas son muy inteligentes y no tienen salida a su condición.

—Pero si el Fiscal pensaba que el acusado era un sicópata, ¿qué pruebas ofrecía? ¿Tú compartías su hipótesis?

—Más que pruebas, era cierto que Martínez tenía varias de las características que suelen presentar estos tipos, al menos el carácter fuerte, seductor y manipulador. A pesar de lo anterior, Sergio estaba confiado en salir muy bien en el caso, probando la inocencia de su amigo y mostrando su conducta en diferentes situaciones que avalaban muchos conocidos. También alegaba la colaboración sustancial del acusado en el esclarecimiento de los hechos y hacía notar el riesgo de someter a las niñas a una segunda victimización con el correspondiente desgaste psicológico por tener que declarar y revivir repetidamente la supuesta experiencia sufrida. Esto, luego de un juicio que ya se había prolongado demasiado. Yo, en cambio, procuraba ser más cauteloso dentro del compromiso profesional que tenía como abogado.

—¿Cómo así? ¿Tenías alguna sospecha? ¿Qué hiciste entonces? Y ¿Qué habría ocurrido si encontrabas pruebas de culpabilidad?

—Bueno, sí, tenía sospechas y frente a mi duda, estudié en profundidad los argumentos y conducta de la ex mujer, sobre todo porque ella declaraba que el problema se había suscitado mucho antes de separarse pero no lo había hecho público para no dañar a las niñas y bajo el supuesto de que él podría recuperarse de esa patología.

Sin embargo, no había pruebas de acciones que ella hubiera tomado para enfrentar los abusos, consultas al psicólogo, conversaciones con su sacerdote de confianza, nada de eso. Me preocupé de entrevistar personalmente a muchos de sus conocidos, con cautela por supuesto para no perjudicar el proceso que llevábamos. Y la verdad, esto lo puedo decir ahora, no tenía claro qué podía hacer si hubiera encontrado pruebas contundentes que lo inculparan. Aunque mi lealtad con el abogado responsable era muy importante, con los antecedentes de que disponíamos no quedé conforme y por eso mi interés en indagar con más profundidad.

—Bueno, siempre he sabido que estos sicópatas no tienen remedio. ¿Por qué este caso podría haber sido la excepción?

—Eso mismo pensé. Desde ese momento empecé a trabajar silenciosamente con mis propias hipótesis, abriendo una línea investigativa que cubriera un amplio rango de chicas con las que el acusado hubiera tenido proximidad: sobrinas, hijas de amigos, compañeras del colegio de sus hijas. Esa idea se la planteé a Sergio como prueba de la inocencia de Martínez, pero en realidad era para indagar sobre mi propia sospecha sobre el acusado, la que me tenía atormentado por la injusticia que se podía producir. Allí aparecieron pistas más complicadas porque sí había algunas conductas extrañas que recordaban algunos cercanos a esas chicas, conductas al borde de la mala intención; aunque difíciles de evaluar y comprobar. Al mismo tiempo encontré otro dato que no estaba tan claro al empezar el juicio, la adicción a las drogas del acusado



y definitivamente ese fue el golpe de gracia a mi inquietud porque, extrañamente para cualquiera que no esté en estas lides, una de las razones eximentes para calificar un delito es encontrarse en ese momento «...bajo los efectos del alcohol o las drogas, siempre que no se hayan ingerido para cometerlo. O padecer el síndrome de abstinencia».

Finalmente ganamos. Para mí quedó una sensación de extraña justicia en este caso. En esas conductas algo reiteradas al borde de la mala intención yo tendía a ver los rasgos sicopáticos que enunciaba el Fiscal, pero como te decía Sergio no quiso explorar en esa línea. La verdad es que el resultado en este caso me ha rondado por mucho tiempo generándome cierta inquietud que no sé cómo superar. Por

eso después del juicio opté por concentrarme en las clases, que con esta generación de jóvenes tampoco son muy estimulantes. ¿Qué piensas?

—Pero si ustedes demostraron las condiciones en que este Martínez había actuado, ¿qué te preocupa?

—Es que nuestro defendido goza hoy de plena libertad y lo encuentro muchas veces, cuando voy a mi estudio, en el paseo Ahumada mirando descaradamente a cuanta adolescente desfila por allí e incluso acercándosele a las más atractivas.

Todo me dice que este tipo es el rey de la actuación y mi conciencia no me deja tranquilo. ¡Comamos algo mejor! ¿Qué nos puedes ofrecer Maruja? **TN**

## Verónica Silva Oliva

(Santiago 1951), Ingeniero Comercial, Jubilada de CEPAL/Naciones Unidas. Participa en talleres de narrativa desde 2012 y en el Colectivo de Autobiografía Histórica con Angélica Illanes. En el marco de talleres con Pía Barros/ Cuentos y Gabriela Aguilera/ Narrativa negra, sus cuentos han aparecido en libros-objeto de Editorial Ergo Sum desde 2014. Tiene dos libros publicados: *Senderos Complejos* (cuentos, Asterión 2017) y *A veces lejos del rumor del mar* (micronovela, Espora 2019). Está en preparación una nueva novela.

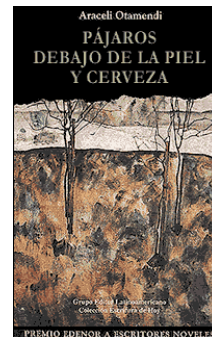


**Por ti, por mí, por todas**  
**Estefani con E**

[www.rileditores.com](http://www.rileditores.com)

## ***Pájaros debajo de la piel y cerveza,***

de Araceli Otamendi



## **Un micromundo en el estilo de David Lynch**

Por Gabriela Aguilera Valdivia

En la línea de las películas de David Lynch está el libro de Araceli Otamendi, titulado *Pájaros debajo de la piel y cerveza*, publicado en 1994.

Araceli Otamendi se esmera en construir, con manejo de elementos psicológicos, un entramado de seres oscuros, pasando por encima de las buenas intenciones que cada uno de ellos pudiese tener. Los personajes son de una factura sólida e interesante. Tanto, que al final el lector no se detiene a considerar el desenlace de la historia porque estos personajes tan fuertes quedan gravitando, cada uno perfectamente diferenciable, creando una atmósfera esperpéntica en la que, tal como ocurre con las películas de David Lynch, la perversidad deviene en abismo seductor.

La trama es aparentemente sencilla: un millonario contrata a un detective argentino para que investigue el asesinato de su hija ocurrido en un pueblo alemán. El millonario dice no confiar en los detectives alemanes ni tampoco en el procedimiento investigativo que pudiesen desarrollar. En lo que en realidad no confía es en el sistema de justicia, pero a diferencia de los personajes del *hard boiled* que dejan en evidencia la corrupción del sistema total y la inutilidad de su lucha contra él, este millonario no confía porque tiene cosas que esconder. El detective viaja a Alemania en calidad de encubierto y así se introduce en el pequeño universo pueblerino para iniciar el proceso de investigación. Y se va encontrando con estos personajes que enmarañan la historia con sus propias his-

torias enmarañadas. El detective también trae lo suyo y entonces se le cruza la ex esposa que aparentemente llega a desbaratar el precario equilibrio que el detective ha conseguido establecer en su vida. Sin embargo, no hay tal y es acá donde la intención feminista de la autora se escapa por la acción del personaje ex esposa, muy latinoamericana, esa mujer capaz de todos los sacrificios por evitar el desmoronamiento de los suyos, aunque sea realizando la pantomima de que algo es acción o idea del esposo cuando en realidad lo es de ella.

El desenlace es sorprendente y sin embargo, esperado. Las piezas se ajustan en el rompecabezas, pero al mismo tiempo despiertan la inquietud acerca de cómo los policías alemanes no se dieron cuenta de la solución del caso cuando era tan obvia. Bueno, quizás las soluciones de los grandes casos sean tan obvias que por eso nadie las ve y Otamendi parece apuntar en esa dirección.

Otro plus de la novela es constituirse en una muestra de un estilo de vida, de una forma de hacer las cosas, de ese murmullo pueblerino que lleva consigo la maldad más profunda, escalofriante y que nos deja con insomnio, entre pescados fritos y cerveza, mucha cerveza. Similar a aquellos ambientes de las historias de Miss Marple, en que todos parecían de lo más inocentes cuando en realidad tenían un cadáver en descomposición en su clóset. En este caso, esos cadáveres están en los cerebros y las almas y son liberados durante la lectura en cada una de las perversiones o filias que presentan.



Otamendi también demuestra un feroz rasgo de perversidad al develar magistrales juegos de maldad, como es el caso de las acciones de la mujer que cocina strudels y otros pastelillos exquisitos y que, por otro lado, es capaz de destazar a sus vecinos con los chismes y las habladurías. O el del viejo que vive con dos mujeres que violentan sexualmente al detective al mismo tiempo en un admirable juego de manos bajo la mesa. Estas son dos de las notables escenas perversas construidas por Otamendi, que se disfrutaban de principio a fin y que dejan en evidencia que las escritoras de género negro traspasan los límites con salvajismo

y delicadeza, sin detenerse en convenciones políticamente correctas.

Con un lenguaje directo y rescatando ciertos términos tanto alemanes como porteños, la historia se sigue con fluidez. Vale la pena leer esta novela. Al cerrarla, nos queda la inquietud y el deseo: la inquietud que provocan David Lynch y Araceli Otamendi al mostrar valientemente un vislumbre de maldad, y el deseo de querer seguir ahondando en aquellos siniestros y seductores recovecos de la mente y la emoción que todos los seres humanos llevamos dentro.



*Pájaros debajo la piel y cerveza*, de Araceli Otamendi, Grupo Editor Latinoamericano, Colección Escritura de Hoy, Premio Edenor a Escritores Noveles, Fundación El Libro, julio, 1994, Argentina, 176 págs.



## Una mujer que sueña

Margarita de Giuseppe

[www.editorialforja.cl](http://www.editorialforja.cl)

# Entre enigmas y relatos negros

por Julia Guzmán Watine

Hace un tiempo buscaba un libro que teorizara acerca de la novela negra y el que encontré resultó ser bastante específico en su temática, ya que en él se analizan obras de escritoras. Me refiero a *Las damas negras. Novela policiaca escrita por mujeres*, del año 2011 y cuyas editoras son Josefina de Andrés Argente y Rosa García Rayego. Las escritoras estudiadas son Agatha Christie, P.D. James, Ruth Rendell, Patricia Highsmith, Katherine V. Forrest, Margaret Atwood, Sue Grafton, Donna Leon, Sara Paretsky, Patricia Cornwell y Fred Vargas.

A partir de ese hallazgo, me propuse leer y analizar, sin un orden cronológico, a las primeras tres autoras que encontrara, por lo tanto, la secuencia dependería del azar. Este también provocaría que las obras analizadas fueran las primeras apariciones de los comisarios ficticios de P.D. James, Fred Vargas y Donna Leon.

## P.D. James, la dama de los enigmas

Phyllis Dorothy James White, escritora inglesa, nació el 3 de agosto de 1920. Antes de dedicarse exclusivamente a la literatura, trabajó como administrativa en el Servicio Nacional de Salud y en el Servicio forense del Departamento de Policía del Ministerio del Interior. Según Liliana Costa, quien, en *Las damas negras...* dedica un capítulo a P.D. James, la trayectoria profesional de la escritora le permite tener el conocimiento necesario para la elaboración verosímil y documentada de su obra.

A los 36 años se dedicó seriamente a la escritura e inmediatamente sus obras fueron leídas y acogidas favorablemente por la crítica.

Liliana Costa, señala que se reconoce en su primera novela, *Cubridle el rostro* (1962), muchos elementos de Agatha Christie “el crimen se comete durante un fin de semana en la casa de campo de una familia adinerada y los

sospechosos son los miembros de una familia, el servicio doméstico y los invitados”. Es decir, el misterio se despliega en la figura de un cuarto cerrado, donde todos los personajes son tan conocidos como sospechosos.

Sin embargo, para Costa, en este modelo de literatura policiaca, se inserta una mirada lúcida del sexismo retratado en el relato la que, junto a la ironía al explicar los mecanismos caritativos de personajes privilegiados, acercaría tímidamente la primera novela de la autora al relato negro.

Sólo he leído dos novelas de la autora (*Cubridle el rostro* y *La torre negra*) y a partir de esas narraciones, he sacado en limpio que el detective Dalgliesh es viudo, solitario, poeta, le gusta la música y duda de su vocación. De modo que, en las dos novelas, se muestran los problemas que acompañan el acontecer, pero creo que no se profundiza en los cuestionamientos, sufrimientos, dudas que no conciernen su trabajo o el presente del personaje.

De hecho, en *La torre negra*, relato más cercano a la novela negra, Dalgliesh, se encuentra atormentado por una enfermedad mal diagnosticada; piensa que va a mo-



rir. Sin embargo, esa cercanía a la muerte, sólo le permite cuestionar su continuación en Scotland Yard. En otras palabras, no hay una reflexión profunda en torno a su vida o a sus decisiones que trasciendan el ámbito profesional.

*Cubridle el rostro* es una novela ágil, las reflexiones de los personajes, mediadas por el narrador, son reveladoras, incluso, algunas veces sorprenden por el contraste que se produce entre las reflexiones, las palabras y la vida que ellos llevan. Provoca enterarse de las ambivalencias, las múltiples de caras y facetas escondidas. En fin, aunque nos encontremos con una novela de enigma, hay ciertas intromisiones lúcidas que desestabilizan las clasificaciones que acostumbramos a hacer cuando leemos.

### El universo autónomo de Fred Vargas

Frédérique Audouin Rouzeau más conocida como Fred Vargas, es autora de las novelas *Los que van a morir te saludan*, *Que se levanten los muertos*, *El hombre de los círculos azules*, *Más allá a la derecha*, *Huye rápido, vete lejos*, entre otros. Nació en París en 1957 y además de escribir novelas de enigma, es una connotada historiadora medievalista y arqueóloga.

Me voy a referir, en esta ocasión a la novela *El hombre de los círculos azules* (1996), donde aparece por primera vez el comisario Juan Bautista Adamsberg, quien ha sido transferido desde los Pirineos al distrito 5 de París. Él posee una personalidad lenta y apacible, con una aparente indiferencia y quizá indolente manera de llevar a cabo las investigaciones. Lo anterior perturba a sus compañeros de trabajo, quienes no son capaces de compatibilizar la fama que Adamsberg se ha ganado en su exitosa carrera con su forma de ser provinciana, pausada y descuidada.

A diferencia de Dalglish, el héroe de P.D. James, Adamsberg es un personaje que tiene una construcción

más compleja. Se sabe algo de su pasado, sus amores frustrados, sus temores, su descuido en el vestir, sus reflexiones que atañen y no precisamente su investigación. Se presenta, entonces, un personaje como el resultado de un itinerario que se manifiesta en la novela por medio de sus recuerdos, fantasmas y coincidencias.

La historia comienza con una investigación secundaria que sirve para presentar la sagacidad sencilla e intuitiva del detective y también ilustra cómo él se distancia de los métodos convencionales de la policía a la que pertenece. La indagación comprende las diez primeras páginas desde su presentación.

La trama principal se desarrolla paulatinamente, con el hallazgo de unos círculos azules que encierran objetos, como repuestos de lápices, un aro, una bombilla, una pinza, excremento de un perro, libros y cáscaras de huevo. El comisario, que ve esta curiosa manifestación a través de la prensa, se inquieta y comienza a guardar los artículos para seguirle la pista a este misterioso ser quien, además de dejar esos objetos, escribe: «Victor, mala suerte, ¿Qué haces afuera?». Poco a poco, estos hallazgos van mostrando elementos más violentos, como animales muertos (una pata de paloma y un gato). De suerte que Adamsberg espera un asesinato y no se equivoca. Es a partir de la primera víctima degollada que comienza su investigación oficial.

Los personajes secundarios son bastante excéntricos, por no decir caricaturescos. Entre ellos se encuentra Mathilde, una famosa zoóloga marina que se dedica, en su tiempo libre, a seguir desconocidos que le llaman la atención. De hecho, ella ha perseguido al hombre misterioso en su peripecia nocturna y alega su total inocencia, refiriéndose a la insignificancia del sujeto que dibuja los círculos azules.

Charles Reyer es un hombre que perdió la vista once años antes de conocer a Mathilde. Este personaje misterioso y agresivo atrae, quizá científicamente, a Mathilde quien le ofrece arrendar un departamento vecino al suyo. Así, este personaje entra en la acción y en la pesquisa del comisario. Al mismo tiempo, otra arrendataria vecina de Mathilde, Clémence, de avanzada edad, ayuda a la zoóloga en la clasificación de sus diapositivas. Clémence, durante su tiempo libre, manda anuncios a los periódicos para concertar citas a ciegas y terminar con su soledad. Su rutina se alimenta de los fracasos diarios, pero no claudica y religiosamente acude a las citas para volver, luego, borracha de decepción y alcohol.



Según Brigitte Leguen, quien analiza la obra de Fred Vargas en *Las damas negras...*, uno de los elementos que caracteriza las obras de Vargas es la ausencia de elementos extraliterarios o más bien, la ausencia de una crítica a la sociedad. Este aspecto de su obra es buscado por la autora de manera consciente. Vargas afirma, citada por Loguen, que «hace varias generaciones, en Francia, la novela policiaca refleja la realidad. Se trata de describir la vida tal como es. Yo lo que quiero es describirla tal como la podemos soñar». Por eso mismo, según Leguen, la divagación, la ensoñación y el acercamiento a lo poético están orientados a creación de un universo autónomo. Es probable que eso justifique a los personajes estrafalarios que habitan en sus novelas y vuelva más verosímiles los mundos singulares de Vargas.

En resumen, con la obra de Fred Vargas se instala un mundo que no acepta la realidad extraliteraria y, al mismo tiempo, posee reglas propias que nuestra lógica tal vez no toleraría. Como señala Leguen “Fred Vargas elige para su novela policiaca el enigma, con su consiguiente investigación. Digna heredera de un padre surrealista entiende el enigma como un espacio en el que todo es posible, la realidad, la imaginación, la ensoñación, delirio, deseo, pulsión...».

Probablemente cabe preguntarse qué mensaje se asoma al omitir la realidad en los relatos y al presentar este diálogo entre la exageración y lo increíble.

### **Donna Leon: *Muerte en la Fenice* a ritmo de Vaporetto**

Donna León Nació en Nueva Jersey el 28 de septiembre de 1942 y vive en Venecia desde 1982. Como afirma Josefina de Andrés Argente, quien se encargará de analizar la obra de Leon en *Las damas negras*, ella es bastante polifacética: ha trabajado como guía turística; ganó un torneo importante de tenis; dio clases de literatura inglesa y norteamericana en Estados Unidos, Europa, Asia; y es experta en música barroca y en ópera. Escribió



su primera novela a los 48 años y lo que la motivó fue su deseo de «matar» a un director de orquesta alemán al que le tenía antipatía.

Aquel director de orquesta inspiró a la víctima de su novela *Muerte en la Fenice*. De hecho, la historia comienza en el entreacto de la ópera *La Traviata*, cuando el artista, Helmut Wellauer, ha sido asesinado.

En este momento aparece Guido Brunetti, un comisario de Venecia, quien, antes de elaborar una hipótesis (la que podría obedecer a algún prejuicio y desviar, de esta forma, la investigación) se dedica a conocer a la víctima por medio de los testimonios de los personajes que lo conocían y que trabajaban con él. El detective quiere indagar en las causas del asesinato y también el entorno del director de orquesta.

Poco a poco se va construyendo la personalidad de la víctima y, como se puede sospechar, no es muy positiva la imagen que se va armando a partir de los testimonios. Vemos abuso de poder, un pasado oculto que evidenciaba una relación bastante estrecha con el nazismo, homofobia y más características y hechos condenables que se acumulan en su currículum vitae.

Al comprar la novela, le pregunté a la librera qué opinaba acerca de la autora y específicamente de la novela. Ella me comentó que la encontraba algo lenta, pero que estaba bien. En cuanto a esa opinión que comparto, pienso que la novela no puede ser de otro modo, porque el ritmo de los paseos de Brunetti por Venecia -a velocidad de *vaporetto*- acompaña las reflexiones, dudas, ideas, hasta que nos encontramos casi en las últimas páginas sin la resolución del enigma.

Ahora, el desenlace es tan sorpresivo como verosímil ya que no solamente explica las circunstancias de la muerte, el o la culpable y el móvil, sino que expresa el asombro y espanto por parte del comisario Brunetti, quien corrobora su percepción pesimista de la realidad.

En este sentido, según Josefina de Andrés Argente, el crimen se sitúa en una realidad muy compleja donde es difícil establecer un juicio categórico acerca de lo aceptable o inaceptable desde un punto de vista social y moral. Por lo anterior, esta ambigüedad y el pesimismo enmarcan la obra de Leon dentro del género negro. De modo que, a diferencia de Fred Vargas, la literatura no se convierte en una creación de ciudades atemporales o en universos autónomos, sino que, según Josefina de Andrés, se muestra una radiografía crítica de la sociedad, con un lente de aumento en los grupos de poder que inspiran la propagación de la novela negra. TN

## Los conejos blancos

Leonora Carrington

Ha llegado el momento de contar los sucesos que comenzaron en el número 40 de la calle Pest. Parecía como si las casas, de color negro rojizo, hubiesen surgido misteriosamente del incendio de Londres. El edificio que había frente a mi ventana, con unas cuantas volutas de enredadera, tenía el aspecto negro y vacío de una morada azotada por la peste y lamida por las llamas y el humo. No era así como yo me había imaginado Nueva York.

Hacía tanto calor que me dieron palpitaciones cuando me atreví a dar una vuelta por las calles; así que me estuve sentada contemplando la casa de enfrente, mojándome de cuando en cuando la cara empapada de sudor.

La luz nunca era muy fuerte en la calle Pest. Había siempre una reminiscencia de humo que volvía turbia y neblinosa la visibilidad; sin embargo, era posible examinar la casa de enfrente con detalle, incluso con precisión. Además, yo siempre he tenido una vista excelente.

Me pasé varios días intentando descubrir enfrente alguna clase de movimiento pero no percibí ninguno, y finalmente adopté la costumbre de desvestirme con total despreocupación delante de mi ventana abierta y hacer optimistas ejercicios respiratorios en el aire denso de la calle Pest. Esto debió de dejarme los pulmones tan negros como las casas.

Una tarde me lavé el pelo y me senté afuera, en el diminuto arco de piedra que hacía de balcón, para que se me secara. Apoyé la cabeza entre las rodillas, y me puse a observar una moscarda que chupaba el cadáver de una araña, a mis pies. Alcé los ojos, miré a través de mis cabellos largos, y vi algo negro en el cielo, inquietantemente silencioso para que fuera un aeroplano. Me separé el pelo a tiempo de ver bajar un gran cuervo al balcón de la casa de enfrente. Se posó en la balaustrada y miró por la ventana vacía. Luego meció la cabeza debajo de un ala, buscándose piojos al parecer. Unos minutos después, no me sorprendió demasiado ver abrirse las dobles puertas y aso-

marse al balcón una mujer. Llevaba un gran plato de huesos que vació en el suelo. Con un breve graznido de agradecimiento, el cuervo saltó abajo y se puso a hurgar en su comida repugnante.

La mujer, que tenía un pelo negro larguísimo, lo utilizó para limpiar el plato. Luego me miró directamente y sonrió de manera amistosa. Yo le sonreí a mi vez y agité una toalla. Esto la animó, porque echó la cabeza para atrás con coquetería y me dedicó un elegante saludo a la manera de una reina.

—¿Tiene un poco de carne pasada que no necesite? — me gritó.

—¿Un poco de qué? —grité yo, preguntándome si me habría engañado el oído.

—De carne en mal estado. Carne en descomposición.

—En este momento, no -contesté, preguntándome si no estaría bromeando.

—¿Y tendrá para el fin de semana? Si fuera así, le agradecería inmensamente que me la trajera.

A continuación volvió a meterse en el balcón vacío, y desapareció. El cuervo alzó el vuelo.

Mí curiosidad por la casa y su ocupante me impulsó a comprar un gran trozo de carne a la mañana siguiente. Lo puse en mi balcón sobre un periódico y esperé. En un tiempo relativamente corto, el olor se volvió tan fuerte que me vi obligada a realizar mis tareas diarias con una pinza fuertemente apretada en la punta de la nariz. De cuando en cuando bajaba a la calle a respirar.

Hacia la noche del jueves, noté que la carne estaba cambiando de color; así que, apartando una nube de rencorosas moscardas, la eché en mi bolsa de malla y me dirigí a la casa de enfrente.

Cuando bajaba la escalera, observé que la casera parecía evitarme.

Tardé un rato en encontrar el portal de la casa. Resultó que estaba oculto bajo una cascada de algo, y daba la im-

presión de que nadie había salido ni entrado por él desde hacía años. La campanilla era de esas antiguas de las que hay que tirar; y al hacerlo, algo más fuerte de lo que era mi intención, me quedé con el tirador en la mano. Di unos golpes irritados en la puerta y se hundió, dejando salir un olor espantoso a carne podrida. El recibimiento, que estaba casi a oscuras, parecía de madera tallada.

La mujer misma bajó, susurrante, con una antorcha en la mano.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted?—murmuró ceremoniosamente; y me sorprendió observar que llevaba un precioso y antiguo vestido de seda verde. Pero al acercarse, vi que tenía la tez completamente blanca y que brillaba como si la tuviese salpicada de mil estrellitas diminutas.

—Es usted muy amable —prosiguió, tomándome del brazo con su mano reluciente—. No sabe lo que se van a alegrar mis pobres conejitos.

Subimos; mi compañera andaba con gran cuidado, como si tuviese miedo.

El último tramo de escalones daba a una alcoba decorada con oscuros muebles barrocos tapizados de rojo. El suelo estaba sembrado de huesos roídos y cráneos de animales.

—Tenemos visita muy pocas veces —sonrió la mujer—. Así que han corrido todos a esconderse en sus pequeños rincones.

Dio un silbido bajo, suave y, paralizada, vi salir cautamente un centenar de conejos blancos de todos los agujeros, con sus grandes ojos rosas fijamente clavados en ella.

—¡Vengan, bonitos! ¡Vengan, bonitos! —canturreó, metiendo la mano en mi bolsa de malla y sacando un trozo de carne podrida.

Con profunda repugnancia, me aparté a un rincón; y la vi arrojar la carroña a los conejos, que se pelearon como lobos por la carne.

—Una acaba encariñándose con ellos —prosiguió la mujer—. ¡Cada uno tiene sus pequeñas costumbres! Le sorprendería lo individualistas que son los conejos.

Los susodichos conejos despedazaban la carne con sus afilados dientes de macho cabrío.

—Por supuesto, nosotros nos comemos alguno de cuando en cuando. Mi marido hace con ellos un estofado sabrosísimo, los sábados por la noche.

Seguidamente, un movimiento en uno de los rincones atrajo mi atención, entonces me di cuenta de que había una tercera persona en la habitación. Al llegarle a la cara la luz de la antorcha, vi que tenía la tez igual de brillante

que ella; como oropel en un árbol de Navidad. Era un hombre y estaba vestido con una bata roja, sentado muy tieso, y de perfil a nosotros. No parecía haberse enterado de nuestra presencia, ni del gran conejo macho cabrío que tenía sentado sobre su rodilla, donde masticaba un trozo de carne.

La mujer siguió mi mirada y rió entre dientes.

—Ese es mi marido. Los chicos solían llamarlo Lázaro...

Al sonido de este nombre, familiar, el hombre volvió la cara hacia nosotras; y vi que tenía una venda en los ojos.

—¿Ethel? —preguntó con voz bastante débil—. No quiero que entren visitas aquí. Sabes de sobra que lo tengo rigurosamente prohibido.

—Vamos, Laz; no empecemos —su voz era quejumbrosa—, no me puedes escatimar un poquitín de compañía. Hace veinte años y pico que no veía una cara nueva. Además ha traído carne para los conejos.

La mujer se volvió y me hizo seña de que fuera a su lado.

—Quiere quedarse entre nosotros; ¿a que sí? —de repente me entró miedo y sentí ganas de salir, de huir de estas personas terribles y plateadas y de sus conejos blancos carnívoros.

—Creo que me voy a marchar; es hora de cenar.

El hombre de la silla profirió una carcajada estridente, aterrando al conejo que tenía sobre la rodilla, el cual saltó al suelo y desapareció.

La mujer acercó tanto su cara a la mía que creía que su aliento nauseabundo iba a anestesiarme.

—¿No quiere quedarse y ser como nosotros? En siete años su piel se volverá como las estrellas; siete años tan solo, y tendrá la enfermedad sagrada de la Biblia: ¡la lepra!

Eché a correr a trompicones, ahogada de horror; una curiosidad malsana me hizo mirar por encima del hombro al llegar a la puerta de la casa, y vi que la mujer, en la balaustrada, alzaba una mano a modo de saludo. Y al agitarla, se le desprendieron los dedos y cayeron al suelo como estrellas fugaces. **TN**



Leonora Carrington (1917-2011) fue una pintora surrealista y escritora inglesa que residió y produjo su obra en México, nacionalizándose. Ganadora del Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Bellas Artes, otorgado por el gobierno de México en 2005. Fue compañera sentimental de Max Ernst y defensora de los derechos de la mujer.